



~ THE CROSSROAD COMPANY ~

Se Busca Desesperadamente

SECRETARIA

De la autora de la serie Agencia Demoníaca

NISHA SCAIL

Se busca desesperadamente

SECRETARIA

—*The Crossroad Company*—

NISHA SCAIL

COPYRIGHT

SE BUSCA

DESESPERADAMENTE

SECRETARIA

The Crossroad Company

© 1ª edición octubre 2016

© Nisha Scail

Portada: © www.fotolia.com

Diseño Portada: Nisha Scail

Maquetación: Nisha Scail

Quedan totalmente prohibido la

preproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del Copyright.

DEDICATORIA

A mis **Facebookeras**.

Gracias por el cariño, las risas, los buenos deseos y la sincera amistad que me brindáis.

No hay palabras para describir lo mucho que significa el teneros siempre ahí, apoyándome, animándome y siguiendo todas mis locuras.

GRACIAS DE TODO CORAZÓN

ARGUMENTO

Garret Davids preferiría atravesar un campo de minas en pleno concierto a tener que volver a entrevistar a una sola mujer para el puesto de secretaria de la *Compañía Crossroad*, especialmente cuando acababa de despedir a la última.

Con una vida dividida, cuatro socios empeñados en que entreviste a las nuevas candidatas y el jodido Trey burlándose de él, encontrarse con una mujer que no es lo que espera, que es mucho más de lo que desea y a la que ha prometido no tocar, hará que todo se tambalee a su alrededor y se replantee sus propias necesidades.

Danielle Narrow intuía que era muy mala idea presentarse a esa entrevista de

trabajo, sospecha que se hizo realidad cuando cogió el ascensor equivocado y se encontró asistiendo a la entrevista más inusual y erótica de su vida.

¿Podrán dos almas atormentadas por el pasado encontrar la luz que necesitan para continuar adelante con sus vidas o sucumbirán por el camino?

Nisha Scail vuelve en esta nueva serie erótica contemporánea dónde el pasado sacará a la luz

los más oscuros demonios del alma.

ÍNDICE

[COPYRIGHT](#)

[DEDICATORIA](#)

ARGUMENTO

ÍNDICE

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

EPÍLOGO

PRÓLOGO

«Cuando lo necesites, cuando creas que ya no puedes más, te enviaré un ángel para que te acompañe en el camino».

Agata Crossroad

—Y nuestra tercera secretaria en seis meses acaba de salir volando.

Brian cerró tras de sí la puerta maciza de color negro que daba a la sala de juntas. Aquel, junto con algunos muebles en el mismo tono y las paredes grises, era uno de los pocos toques de color que predominaban en una habitación dominada por el blanco.

—¿Qué le has hecho? —preguntó sin

molestarse en cambiar de posición.

Apoyado en el respaldo de la silla que presidía la mesa podía mirar a sus compañeros y no sucumbir al tedio.

—Abrírsela, todavía soy un caballero.

Nolan puso los ojos en blanco ante la respuesta del bombero.

—Antes de eso, genio.

Levantó las manos a modo de rendición.

—Yo nada —se defendió mientras se sentaba en una de las sillas—. Estaba subiendo cuando escuché barullo en la oficina principal, cuando entré vi a Garret acompañando a la secretaria hacia el ascensor. La chica se estaba desgañitando, no le decía precisamente

cosas bonitas. En cuanto me vio la tomó conmigo, así que, como caballero que soy, le abrí la puerta.

—¿Era Garret o Trey?

Camden estaba sentado a su izquierda y levantó la mirada de la Tablet en la que estaba curioseando para puntualizar un dato importante.

Dependiendo de su respuesta, tendría que subir o no.

—A juzgar por cómo gritaba y nos insultaba, la mirada asesina de la mujer y la sonrisa petulante del cabronazo... era Trey.

—Joder...

—Y otra secretaria que hace historia en manos del dragón del último piso — chasqueó Camden sacudiendo la cabeza.

—¿Sigues con la terapia o la has dejado también?

—¿Qué has dejado ahora? —se interesó Brian mirando al hombre que acababa de hablar.

—Las clases en el conservatorio —se adelantó Nolan, las miradas de sus tres compañeros cayeron sobre él.

—Dime al menos que sigues con la medicación...

Asintió. Eso era algo con lo que se mantenía al día.

—Soy el contacto de urgencia de su psicoterapeuta y, dado que no me ha llamado, tengo que pensar que sí, que ha asistido a las sesiones —confirmó. No pudo evitar mirar hacia el techo.

—Pues está claro que la secretaria

lo ha sacado de sus casillas, porque Trey ha salido a pasear.

El resoplido de Mich, quién estaba sentado al lado de Camden resonó en la sala.

—Eso quiere decir que me tocará a mí hacer el papeleo, fantástico.

—Está claro que estamos enfocando la búsqueda de secretaria por el camino equivocado —

chasqueó Cam—. Necesitamos que además de secretaria, sea Rambo o algo parecido...

—Esa es una imagen que... *puaj*...

Sacudió la cabeza ante el comentario de Brian y suspiró.

—Joder, ¿no podía esperar hasta después de Navidad para largarla fuera?

—Ya ves que no —se encogió Brian de hombros—. Es un milagro que no la haya volatilizado antes.

Mich asintió conforme.

—A la chica le iba la marcha... según creo.

—Sí, posiblemente, pero una marcha que no va con Garret a juzgar por las sangrientas amenazas que le dedicó ella...

—Habrá que optar por otro camino.

—Sí, pero, ¿cuál? —insistió Brian.

—Podríamos empezar por no pasarla por la piedra a la primera oportunidad.

No pudo evitar poner los ojos en blanco ante la veraz respuesta del chef.

—Es que esta última estaba buena...

—se justificó el bombero—, y no soy de los que rechaza una invitación abierta. Y esta era muy abierta.

—Pues habrá que buscar una que no sea tan abierta —replicó mirándolos a ambos—. Tendrá que ser un requisito indispensable.

Brian chasqueó la lengua.

—No sé, ¿entrar en la oficina y morirte del susto? No es algo que mi corazón pueda resistir.

—Estás dramatizando.

—Ya sabes que eso se le da de lujo.

Sacudió la cabeza y recondujo la reunión.

—Quizá debiésemos elaborar un anuncio que dejase claro el perfil de secretaria que buscamos —

sugirió barajando la posibilidad.

—¿Cómo el de que esté dispuesta a hacerse cargo de las tareas de secretariado y asistir a los cinco capullos de sus jefes? —resumió Mich mirándolos a cada uno—. Y debo hacer hincapié en la palabra «asistir» y todas las implicaciones que traen consigo.

—Sin duda nuestra credibilidad quedaría entonces de puta madre —puso los ojos en blanco—.

Empiezo a ver ya el rostro de Brian y el nombre de la compañía en los periódicos y en las noticias de todas las cadenas del país.

—¿Y por qué tiene que ser mi cara?

—Sea como sea, yo no puedo hacerme cargo de las tareas de

administración durante más de una semana, tengo el despacho a reventar ahora mismo —añadió Mich.

Al igual que él mismo y el resto de los socios de la compañía, tenían un empleo principal que compaginar con las tareas en la Crossroad. Mich era abogado y actualmente estaba hasta arriba de litigios.

—¿Y dónde y cómo vamos a encontrar una maldita secretaria que esté dispuesta a llevar no solo las tareas administrativas de la compañía, sino también echarnos una mano a nosotros? —resumió Brian.

—Yo ya tengo secretaria —recordó Nolan.

—¿Todavía vive ese ratón de

biblioteca, Nolan?

—Sí y espero que siga respirando durante un tiempo más —aceptó pensativo—. Es buena en su trabajo.

—¿Y agradable a la vista?

Brian parecía no pensar en otra cosa.

—Lo suficiente como para que no te dé una apoplejía al verla y no tanto como para que te

distraiga y pienses en follártela.

—Necesitamos una de esas —apuntó Mich.

—No serviría... —negó Cam.

—¿Por qué no? —le miró.

—¿Dónde vamos a encontrar a una mujer que esté dispuesta a hacer el papeleo, que acepte que va a tener cinco

jefes, no se ruborice o acabe saliendo por patas al ver lo que se cuece en la compañía y tenga los ovarios suficientes para soportar al capullo de Garret y sus peculiares necesidades?

—¿Solo las de Garret?

Puso los ojos en blanco.

—Si contratamos a una nueva secretaria...

—Urge hacerlo —apostilló Mich.

—...tendremos que tener muy claro que se queda fuera del menú.

— *Puf*, eso díselo a Gar —repuso Brian—. ¿No le compensaría contratar a una asistente solo para las giras?

—Ya conoces su respuesta ante eso. Sacudió la cabeza.

—Cada uno tenemos nuestros

propios demonios y una manera de tratar con ellos —le recordó Mich.

Todos asintieron. Los hombres allí reunidos tenían sus propios problemas, sus propios secretos y un pasado con el que todavía tenían que luchar.

—Joder, porque me gusta cómo toca el violín, que sino...

Mich enarcó una ceja ante el comentario del bombero. Brian tenía una profesión que iba muy en línea con su personalidad.

—¿Y eso que tiene que ver con todo lo demás?

—Pues porque si no me gustase, me cabrearía mucho tener que aguantar una nueva selección de personal, especialmente para elegir a una posible

candidata a la que no voy a poder tocarle ni un pelo.

Mich sacudió la cabeza.

—Tanto fuego te reseca el cerebro.

El bombero enarcó una ceja ante la respuesta de su compañero.

—Intoxicación de humo, Mich, intoxicación de humo —añadió Camden con ese acento irlandés que se le marcaba de vez en cuando. Chef de profesión, solía decir las cosas como las pensaba.

—Que gracioso.

—Lo intento, socio, lo intento —le guiñó el ojo—. Ahora en serio, ¿qué vamos a hacer?

—Buscar por otros medios. La agencia de colocación no ha dado los

resultados esperados.

Se giraron hacia él.

—¿Y cuáles serían esos medios, Nolan?

No vaciló. Era una solución en la que ya había estado pensando con anterioridad.

—Los clientes de Crossroad.

—Ahora sí que se te ha ido la olla por completo.

—No es tan mala idea —lo apoyó Mich.

—No, mala no, es horrorosa —se estremeció Brian—. ¿Qué te hace pensar que estarán dispuestos a colaborar?

—Dispuestas —hizo hincapié en el género—. Se trata de recurrir a las personas correctas.

—¿Y esas serían?

—Carla... —propuso, haciendo memoria de las mujeres que había conocido a través de la compañía en los últimos años—.

Lena...

—¿Melanie? —sugirió Camden.

—Mel no, por dios, juró que me arrancaría los huevos la próxima vez que me viese la cara —se encogió Brian—. Esa mujer no entendió lo que significa realmente la Crossroad.

—La compañía solo es un punto de inflexión, un cruce de caminos para reconducir a las personas en la dirección correcta —comentó Mich en tono reflexivo—. No sé si reconectar con ciertas personas, será la respuesta.

—Si no lo intentamos, no lo sabremos.

Hubo un momento de reflexión común y finalmente accedieron.

—Por lo pronto, hay que comentárselo a Garret —añadió mirándolos a todos—. Y después nos pondremos manos a la obra.

Mich miró el reloj e hizo una mueca.

—Avísame con lo que sea —se levantó—, tengo que volver al despacho. Tengo un juicio en dos horas y, si llego tarde, es posible que mi cliente pierda hasta la camisa.

—Que te sea leve.

—Bueno y, ¿quién se lo va a decir a Gar?

Los tres pares de ojos volaron en

dirección a Brian.

—No me jodáis.

—Eso te pasa por hablar —
sentenció Nolan. Entonces miró a sus
compañeros—. Sea como sea,
necesitamos a alguien aquí —miró hacia
la puerta cerrada—. Si ese teléfono
suena una sola vez más, acabaré
arrancándolo de cuajo.

—Habrá que redactar el anuncio y
ser creativo con ello —comentó
Camden.

—Pues ya estás a ello.

El cocinero enarcó una ceja.

—Casi te sugeriría que le dijese al
genio de arriba que lo redactase él,
después de todo, la última secretaria ha
volado por culpa suya.

—No es mala idea —aceptó y echó un vistazo hacia el otro lado de la sala, dónde se oía el apagado sonido de un timbre—, pero antes voy a arrancar el teléfono de cuajo.

—Esto va a ser una locura.

—Pensé que eso ya había quedado claro cuando decidimos comprar el edificio entre los cinco y formar la compañía.

—Ese día estábamos todos borrachos.

Y también heridos, pensó Nolan, pues habían perdido a la luz que les había iluminado a lo largo de sus complicadas vidas. Ella había sido la que los había mantenido juntos desde el principio, la que los había reunido y

hecho comprender que no eran distintos sino personas realmente especiales y únicas. Ella les había devuelto la fe y les había puesto en la dirección correcta a sus respectivos caminos.

Y era el único motivo de que la *Crossroad* existiese. Un legado a su memoria y un tributo a ellos mismos y sus esperanzas.

CAPÍTULO 1

Le dolía la cabeza.

Era una señal inequívoca de que Trey le había hecho una visita.

Una vez más su otro yo, esa personalidad que vivía en su interior, se había apropiado de su cuerpo, de su mente y de su vida.

Se miró en el espejo y contempló el

reflejo que le devolvía intentando ver en él a un extraño. Pelo rubio, liso y por encima de los hombros, las puntas más claras que las raíces a pesar de ser su color natural. Tenía la misma sombra de barba que esa mañana, un indicativo de que no habían pasado tantas horas desde su estado de fuga; así era como llamaba a esos episodios de trastorno disociativo.

Fugas. Seguía vistiendo la misma ropa, camisa blanca y americana y estaba en su oficina lo cual había sido lo más sorprendente de todo.

El hombre que ahora veía en el espejo era él, el empresario, el violinista, el que había fundado *Crossroad* y se subía al escenario a

tocar. Lo suyo era el trabajo duro, el esfuerzo, mientras que su otra identidad era la diversión descontrolada, el insaciable apetito sexual, el que disfrutaba de la fiesta después de los conciertos, el que vivía de orgía en orgía. Con el paso del tiempo había llegado a tener cierto control sobre él, pero sabía que no era más que una ilusión, una necesidad interna de saber que era él quien llevaba la batuta y no alguien que le robaba su tiempo y le dejaba sin recuerdos de lo sucedido.

Había llegado a grabarse a sí mismo con mensajes pidiendo, exigiendo e incluso suplicando, pero ese cabrón solo se reía, una y otra vez se burlaba de su «control». Trey le había devuelto

entonces el favor narrándole con todo lujo de detalles sus vivencias dejándole con una sensación de agonía y culpabilidad que lo corroía por dentro. Había llegado a sopesar la posibilidad de terminar con su vida, sin embargo, ella había estado allí entonces para impedirsele y decirle que no tenía derecho a disponer de algo tan valioso a su antojo.

Ella le había ayudado a seguir adelante, se había cruzado en su camino por casualidad y lo puso en la dirección correcta. Curiosamente había sido también la favorita de su otro yo, ambos la atesoraron como si fuese lo más precioso, la habían amado a su manera y su partida los dejó igual de desolados.

Esos ojos que ahora le miraban a través del espejo, eran los suyos, era su mente la que ahora estaba al mando, pero, ¿durante cuánto tiempo?

Se salpicó una vez más la cara, se secó rápidamente y le dio la espalda a su propio reflejo.

Necesitaba saber qué había pasado, qué había hecho y si era tan grave como para preocuparse seriamente de ello.

—Elaine —llamó a su secretaria nada más volver a su oficina. La puerta que comunicaba la habitación con el área en la que permanecía su secretaria estaba abierta—. ¿Elaine?

No hubo respuesta. Aquello ya de por sí era extraño. La mujer que llevaba trabajando para ellos poco más de tres

semanas no se callaba ni debajo del agua, de hecho, había hecho un deporte Olímpico el hecho de protestar por todo. Si no fuese tan buena en su trabajo y, bueno, en otras lides, la habría mandado a paseo a la primera de cambio.

¿Despedir a la tercera secretaria que tenían en menos de seis meses? Sus socios le irían al cuello y él mismo les daría las armas para ello.

—Elaine, ¿dónde...?

Abrió la puerta por completo y frunció el ceño al ver la mesa vacía. El perchero que había en la

esquina estaba vacío, no estaba ni el abrigo ni el bolso de la cuarentona mujer.

Un mal presentimiento emergió al

momento en su interior y casi pudo escuchar a Trey riéndose en su mente.

—Cabrón hijo de puta, ¿qué has hecho? —jadeó y se pasó las manos por el pelo.

Si él había tenido algo que ver en esto...

—¿Garret?

La conocida y ronca voz de Brian resonó en el pasillo al igual que sus pisadas. Ese hombre caminaba como si el mundo le perteneciese y quisiese dejar una huella allí por dónde pasaba. Alto y fornido, de hombros anchos, el bombero vestía de calle, señal inequívoca de que tenía, al menos, la mañana libre. Con el pelo corto de punta y un rastrojo de barba acariciándole el

rostro su aspecto encajaba perfectamente con su despreocupado humor.

—¿Dónde está Elaine?

Su amigo lanzó el pulgar por encima del hombro en un gesto contundente.

—Trey la despidió.

Sus peores temores se hicieron realidad.

—¿Cómo?

Su compañero, uno de los socios fundadores de la compañía, caminó hacia él. Su mirada decía claramente que todavía tenía dudas sobre su actual identidad, pero no por ello reculó. Trey y él no se llevaban bien, a decir verdad, dudaba que ese cabrón se llevase bien con alguien.

—Solo llegué a la parte de «cabrón hijo de puta» por parte de ella y un colorido «*buen viaje, zorra*» por parte de tu coleguita.

—Mierda —siseó y golpeó la pared con el puño.

—Ey, ¿qué te ha hecho la pared? —lo distrajo con efectividad—. Te diría que le pegases al hijo de puta, pero eso sería ponerte a ti mismo un ojo a la funerala y es algo realmente estúpido.

Estúpido y que no servía absolutamente para nada. ¿Pelearse con Trey? Eso solo traía un profundo dolor después para él. No, el liarse a puñetazos no era la respuesta.

Se dejó caer de espalda contra la pared, resbaló y terminó sentado en el

suelo con la cabeza entre las manos.

—Estoy jodido, muy jodido —
masculló sintiéndose como la mierda. La culpabilidad siempre estaba presente, la incertidumbre lo agujoneaba con sus continuos «y si» haciendo que se sintiese como la mierda.

Brian se dejó caer a su lado, sentándose cómodamente en el suelo.

—En realidad, lo estamos todos —
repuso. Se llevó la mano al bolsillo de la camisa y extrajo una tableta de chicles y se la ofreció.

Como siempre, declinó su ofrecimiento. En cambio levantó la cabeza y dejó que la nuca golpease contra la pared, dando la bienvenida al momentáneo dolor.

—Necesitamos una nueva secretaria y la necesitamos ya.

Le miró de reojo.

—¿No me digas? —resopló—. Esa mujer fue la tercera que contratamos en menos de seis meses y no ha durado ni tres semanas.

Negó con la cabeza y empezó a mascar el chicle.

—Pues habrá que encontrar a otra que aguante más —repuso con un parco encogimiento de hombros—. Y esta vez, habrá que hacer un poco de investigación extra.

Le miró de reojo.

—¿Investigación extra?

Echó un vistazo a su alrededor y lo señaló con el dedo.

—¿Te das cuenta de que tenemos que andar casi de puntillas alrededor de nuestra secretaria? —le recordó y fijó la mirada en él—. Sí, cuando la contratamos sabe exactamente qué clase de empresa es esta o, al menos, sabe lo principal, pero, ¿es eso suficiente?

Frunció el ceño. Intuía por dónde iban los tiros, pero no podía afrontar esa línea de pensamiento.

—Quizá debiésemos ir más allá y buscar a alguien que no solo se haga cargo de los trabajos administrativos de la compañía, sino que nos asista a cada uno —comentó de forma razonable—.

Necesitamos a alguien alrededor de la cual no haya que andar de puntillas, que sepa sin lugar a dudas que esperar y

pueda hacer su trabajo al mismo tiempo.

—Ahora me queda claro que has inhalado suficiente humo para nublar el cerebro —resopló volviendo a dejar caer la cabeza contra la pared.

Su amigo puso los ojos en blanco.

—Piénsalo, Garret, tiene sentido —insistió con una desacostumbrada seriedad—. No más mentiras, no más invenciones, nada de andar de puntillas. En cierto modo, sería liberador.

Sacudió la cabeza.

—Estás hablando de descubrirnos ante una completa extraña —se mofó—, dejar que una completa desconocida descubra los demonios internos que tenemos y que a menudo salen a pasear.

No, Brian, eso no es factible.

Volvió a negar con la cabeza.

—Garret...

—He dicho que no.

No podía ni siquiera pensar en la posibilidad de que alguien entrase en Crossroad y descubriese...

—Ella ya no está con nosotros, nada podrá sustituirla jamás —concluyó, decidido a poner punto y final a ese asunto—. Nadie podrá ocupar su lugar.

—No se trata de sustituirla, Garret, se trata de seguir adelante con nuestras vidas tal y como ella nos pidió.

Su cabeza empezaba a acusar ya la serie de voluntarios golpes que se daba contra la pared. No quería pensar en ello, no quería siquiera que sus compañeros barajasen esa posibilidad.

Nadie podía sustituirla, nadie iba a ocupar ese lugar, quedaría vacío para siempre porque así era como lo había dejado.

«Ella es insustituible».

Vio su propio rostro en su mente, su voz, pero no era su voz, era la de Trey. Por una vez, estaban de acuerdo en algo.

—Necesitamos una secretaria nueva.

Eso era algo que no podía discutirle.

—¿Y esperas encontrar a alguien que acepte ocupar el puesto de secretaria y el de asistente personal de cinco tíos? —se rio—. Buena suerte con ello.

—Necesitamos un método de búsqueda alternativo y Nolan cree haberlo encontrado.

Enarcó una ceja y lo miró.

—¿Qué se le ha ocurrido ahora a nuestro contratista?

—Nuestra cartera de clientes.

Levantó la cabeza de golpe.

—¿Cómo? —No podía estar hablando en serio.

—Necesitamos a alguien que se quede algo más de quince días —expuso—. Y la única forma en que eso suceda, es encontrar a alguien que no se... escandalice... por lo que aquí ocurre.

—¿Y qué tiene que ver eso con...?

—Sus palabras quedaron en suspenso cuando su cerebro llegó a una única y rápida conclusión—. No. Ni hablar. No podéis estar pensando en poner en el puesto de secretaria a una de las

antiguas miembros de *Crossroad*.

Su compañero negó con la cabeza.

—No, no se trata de eso —aseguró y le puso al corriente de lo que habían estado hablando—. Las personas que han pasado por la compañía saben lo que hacemos, saben lo que se puede esperar y cuál es el resultado. Nolan tiene razón al suponer que quizá, por mediación de alguna ellas, podamos encontrar a alguien adecuada al puesto.

Y esa era una idea bastante decente, después de todo.

—La cosa está en que deberíamos establecer también algunas reglas básicas para evitar llegar a estos extremos —indicó la mesa de la secretaria—. Y que conste que esto ha

sido idea de Nolan.

No le sorprendía. Nolan era una de las personas más sensatas y serias que había conocido a lo largo de su vida, un hombre con las ideas claras y estabilidad que solo se veía rota en ciertos aspectos de su intimidad.

—Déjame adivinar, no tirarse a la secretaria.

—Principalmente —resopló—. Una regla que, en mi opinión, no va a funcionar. Tendría que ser la viva versión de Martha Stewart para que una mujer no me llame lo más mínimo.

Bueno, sin duda era una opción a tener en cuenta, una que no había probado todavía.

Los gustos de Trey en mujeres

coincidían con los suyos y, en ocasiones iban mucho más allá.

Quizá era una suerte que no se le diese en ir a por las putas y que tuviese una palpable obsesión por usar protección. Su alter ego amaba el control, deseaba tener la batuta en todo momento y controlar lo que lo rodeaba, incluyendo su propio cuerpo.

¿Una mujer poco atractiva, anodina y puede que entrada en años? Quizá funcionase.

—De acuerdo —se oyó decir a sí mismo—. Intentémoslo una vez más. Esta vez, redactaré yo el anuncio y la lista de normas interna.

Y se obligaría a cumplirla a rajatabla, así tuviese que tatuársela en la

polla para que el jodido Trey se la aprendiese.

CAPÍTULO 2

Una semana después...

—Esto no es un anuncio serio.

Danielle Narrow levantó el papel que había leído y lo agitó ante su amiga cómodamente sentada en el sofá de su sala de estar.

—Te aseguro que lo es —replicó la aludida—. Lo he recibido de manos de uno de los socios de la compañía.

—Conoces a gente de lo más interesante.

El sarcasmo goteaba de su voz.

—Son buenos tíos, ayudan a la

gente.

—Sí, puedo verlos con el hábito de los Dominicos —le soltó dejándose caer en el sofá a su lado

—. Gracias, pero esto no es para mí.

—Dani, es un buen puesto de trabajo y está muy bien remunerado.

—Estoy segura de que lo es, para una *escort* —resopló—. Y yo ya he dejado atrás esa parte de mi vida.

—Nena, has dejado detrás de ti más que eso —sacudió la cabeza—, incluyéndote a ti misma.

—Solo intento mantenerme en el camino correcto, algo que tú no me pones fácil —le reprochó

—. Se supone que tienes que apoyarme, no ponerme la zancadilla.

—Te estoy apoyando y, lo creas o no, lo hago más que nunca al hablarte de este anuncio —

sacudió la cabeza y volvió al ataque —. Estoy cansada de ver a este sucedáneo de ti misma que has creado, ¿dónde ha quedado tu espíritu?

—En la calle en la que me encontraron tirada con una sobredosis —replicó de golpe—. Créeme, esa fue suficiente comunión con el de arriba como para haber decidido dejar el trabajo de acompañante. Nunca te fíes de nadie. Eso es lo que aprendí. No importa que vista de manera elegante, parezca culto y tenga dinero, un hijo de puta enganchado a las drogas, es un hijo de puta enganchado a las drogas... y

puede arrastrarte con él.

—Llevas casi dos años limpia.

—Un año, nueve meses y tres días —contabilizó con orgullo—. Y pienso seguir así el resto de mi vida.

No. Nada ni nadie haría que echase por tierra todo el esfuerzo que le había costado llegar a este punto. Atrás quedaba el infierno del que a duras penas consiguió salir con vida, atrás quedaba la estúpida e ingenua muchacha que había sido y la adicta a muchas más cosas que las drogas.

Baja autoestima, traumas infantiles, malas compañías, drogadicción, desenfreno sexual... su pasado era el contenedor de basura perfecto, un recipiente del que extraer toda clase de

malas decisiones que la habían llevado por el camino equivocado. Y, sobre todo, era una pesada losa, una que hacía que le costase avanzar y, en ocasiones, desprenderse de toda esa suciedad. No importaba lo limpia que estuviese, seguía sintiéndose sucia.

Miró de nuevo el papel que le había entregado su amiga y sacudió la cabeza. El trabajo que se ofrecía estaba demasiado cerca de lo que había sido una vez, de aquello que la llevó a trabajar como *escort*, ejerciendo como acompañante remunerada de hombres de negocios, artistas o profesionales del deporte. Entonces había pensado que tenía ante sí un cambio de vida, una manera de dejar todo lo que había sido

atrás y controlar su peculiar adicción, pero no fue así. No, aquello la llevó sino a

ingresar en un mundo totalmente distinto del que le pintaban, uno en el que las drogas corrían como el agua, dónde el sexo dejaba cicatrices en el cuerpo y en el alma y dónde, una mujer con sus necesidades, se vería abocada al desastre.

Sacudió la cabeza y le devolvió el papel.

—Está demasiado cerca de lo que solía ser —negó con rotundidad.

—Te juro que no hay nada ilegal en la compañía *Crossroad* —insistió ella—. Son realmente serios y el personal lleva un completo y estricto programa de

selección.

La miró con cara de chiste, levantó el papel y lo señaló.

—¿Secretaria? ¿Acompañante para eventos? ¿Profesionalidad y discreción? ¿Una cláusula de confidencialidad? — enumeró algunas de las partes que había leído—. Sin duda saben cómo cubrirse las espaldas y hacer que parezca una oferta atractiva... hasta que lees la letra pequeña. Esta que viene aquí abajo.

Ahí era dónde empezaba lo extraño.

Las postulantes debían hacerse un completo chequeo médico y analítica de sangre para descartar cualquier clase de enfermedad y presentarla con sus credenciales. Se establecía así mismo que tenían que estar libres de adicciones

con un mínimo de un año, que debían vestir de manera conservadora, no llevar maquillaje y conducirse con exquisita educación. También estipulaba que deberían estar disponibles para ejercer de asistentes personales de los socios de la compañía, ya fuese para asistir a eventos de índole comercial o personal.

Sí, claro, ¿todo ello para un puesto de secretaria o asistente de dirección?

—No es un trabajo para mí, Lena, ni de lejos.

Prefería seguir trabajando por una miseria de sueldo en el *burguer* que cambiarse de nuevo las zapatillas deportivas por tacones y acceder a hacer sabe dios qué cosas.

—Sé que no es una oferta de trabajo usual, pero no te cierres todavía esa puerta —insistió. Su perseverancia empezaba a minar su paciencia—. Entiendo tus reservas. Diablos, Dani, soy tu madrina,

¿recuerdas? Jamás te presentaría tal empleo si no estuviese segura al cien por cien de que será bueno para ti y tu proceso de recuperación.

Sí, Lena era su madrina en la asociación dónde se había inscrito nada más dejar el hospital. Había estado dispuesta a buscar ayuda y la había encontrado en las reuniones semanales a las que asistía.

Por primera vez en mucho tiempo —sino en toda su vida—, se abrió a

alguien más y habló, sintiéndose escuchada y no juzgada. La misión de su madrina era estar allí para ella cuando tuviese dudas, momentos de recaída y ayudarla a seguir adelante. Lena misma había estado en su situación, pero llevaba ya más de cuatro años limpia.

—¿Y cómo, según tú, podría ayudarme un trabajo de estas características? —expuso lo obvio—.

Sí, estoy limpia desde hace casi dos años, mis análisis son impolutos... pero tengo tratamiento para mi otra adicción y no puedo darme el lujo de suspenderla. Y ya no digamos ponerlo abiertamente en un jodido impreso.

Aborrecía hablar de ello. Sabía que estaba allí, que esa otra ella existía y

hasta ahora, había conseguido mantenerla a raya. Mantener sus apetitos bajo control, gracias a la terapia y la medicación, hacía que pudiese llevar una vida más o menos normal, pero no era una adicción que pudiese controlar. Había nacido entre las drogas y los excesos y le aterraba perder el control.

Hipersexualidad lo llamaban ahora, una palabra nueva y menos rimbombante que la de ninfomanía.

—Danielle, en *Crossroad* pueden ayudarte —insistió como si fuese un mantra aprendido—.

¿Recuerdas el par de meses que te dije que había estado en un seminario el verano pasado?

Sí, los recordaba perfectamente. Se

había desquiciado buscándola después de que recibiese una llamada de teléfono en la que esa loca le decía que se iba de seminario. Lena había estado bastante rara las semanas anteriores, su intención había sido hablar con ella, pero su amiga le había dado esquinazo. La preocupación había crecido al punto de decidir arrastrarla a una de las sesiones y que hablase con la coordinadora del grupo, pero entonces se fue a ese seminario.

Durante más de un mes había recibido solo mensajes diciéndole que estaba bien, que no se le ocurriese faltar a las reuniones y que la llamaría pronto. Esa llamada había tardado mes y medio en llegar y lo había hecho en un tono

totalmente distinto, el mismo tono optimista que había exhibido desde entonces.

Sí, había estado en un jodido seminario y no tenía ni idea de qué le habrían hecho allí, porque se negaba a hablar de ello, pero fuese lo que fuese, le había sentado a las mil maravillas. Prueba de ello era que acababa de conocer a alguien y estaba teniendo una bonita y sana relación.

—Sí, recuerdo vívidamente esos días —aseguró con palpable sarcasmo—. ¿Qué tiene que ver eso con el anuncio? —Arrugó la nariz ante la peregrina idea que le pasó por la cabeza—. No me irás a decir que tu seminario fue impartido por esta compañía.

Sus ojos se encontraron y Lena asintió.

—Solo estuve en *Crossroad* una semana —confesó en voz baja, como si temiese que alguien la escuchase. Algo ridículo, puesto que estaban las dos solas en el salón de su casa—. Conocí a uno de los socios, mi... er... chico Jueves.

—¿Chico Jueves?

Se sonrojó, esa mujer de casi cuarenta y siete años se sonrojó como una colegiala.

—Cada socio se ocupa de un turno a la semana, excepto los fines de semana, dónde suelen rotar

—explicó al tiempo que se aclaraba la garganta—. El caso es que Nolan

supuso un antes y un después.

Esa semana que estuve con él, fue todo lo que necesitaba para darme cuenta de que no era yo misma, que a pesar del tiempo que llevaba y llevo limpia, no era completamente yo. Él fue quién me recomendó el seminario y me consiguió una plaza por medio de la compañía. Fue como asistir a un balneario, mucho descanso y tiempo para pensar. Reuniones, grupos de charlas, gente dispuesta a escuchar... Para mí ha sido un punto de inflexión, uno que me puso en el camino correcto.

—Bueno, pues me alegro —le soltó con el mismo gesto irónico. Entonces reculó. Ella no tenía culpa de su mal humor—. De verdad, me alegro y mucho

por ti, porque sea lo que sea, te ha reportado lo que quiera que necesitabas. Pero esto no es lo mismo, no se trata de ir como... cliente, sino trabajar con... esa gente... ¿Has dicho que son cinco socios? Eso son demasiados individuos con los que trabajar.

—Tienes un título superior en asistente de dirección y está cogiendo polvo colgado de la pared —

le recordó señalando dicho título—. Tienes los conocimientos necesarios para llevar una oficina.

Eres inteligente, hablas varios idiomas...

—Hablo dos y solo porque el último novio de la zorra que me engendró era español y no hablaba otro —resopló. De

hecho, había tenido que aprenderlo sí o sí ya que pasaba la mayor parte del tiempo sola con él en casa, ya que su querida y putilla madre, prefería pasar el tiempo abriéndose de piernas que criar a su hija. Dentro de lo malo, al menos Mateo, que así se llamaba él, la había tratado bien y la había cuidado — a su manera— antes de terminar con un tiro en la cabeza en un mal barrio por un asunto de drogas.

Sí, su infancia había sido tan jodidamente maravillosa como su adolescencia. De no ser por Asuntos Sociales y los hogares de acogida en los que recaló de cuando en cuando, no estaba muy segura de si hoy estaría allí sentada y charlando.

Con todo, su paso por los distintos hogares, el rechazo de algunas de sus familias que la consideraban difícil hizo que encaminase sus pasos hacia otros derroteros. El empezar a trabajar como *escort* había parecido la solución ideal. A partir de ese momento dispuso del dinero y los recursos que le permitieron independizarse y matricularse en una universidad a distancia para poder estudiar y sacarse el título al que Lena hacía referencia.

Al principio el trabajo de acompañante no había estado tan mal, podía elegir a sus clientes y si quería o no tener sexo; mayormente solo aceptaba aquellos que buscaban una compañera de viaje o acompañante a los eventos,

sin nada más. Pero después, las carencias del pasado y lo que podía conseguir tan fácilmente con solo agitar las pestañas empezó a dirigirla hacia el camino equivocado, uno dónde las drogas que había probado en su adolescencia, se convirtieron en un incentivo totalmente distinto, dónde el sexo se convirtió en un juego de poder y sensualidad y el dinero, en algo codiciado.

Ese título que tenía colgado en la pared le había costado mucho más de lo que nadie sabría jamás.

—No doy el perfil que buscan, Lena —concluyó desechando la idea—, y tampoco me interesa.

Además, mírame, prácticamente

quieren a una secretaria que vista como una monja y se comporte como una puta, ¿te parezco eso?

Su amiga la miró de arriba abajo, todavía no se había quitado el uniforme del trabajo.

—¿De verdad quieres que te responda?

La fulminó con la mirada.

—No voy a trabajar de nuevo como *escort*, por muchas palabras o términos que usen para enmascarar lo obvio en ese anuncio —le soltó señalándole lo obvio—. Esa parte de mi vida se terminó. Ahora solo soy Danielle Narrow. Casta y pura.

Si se pudiese poner los ojos más en blanco le habrían dado la vuelta en la

cuenca, pensó al ver el gesto de su amiga.

—Eso... no te lo crees... ni tú... — le soltó y, para su eterna sorpresa, se levantó del lugar que ocupaba en su asiento y la asedió. Se subió a ahorcadas sobre sus piernas y le cogió el rostro entre las manos—. ¿Casta y pura? Anda ya.

No la dejó ni protestar, en un momento estaba sentada a su lado y al siguiente la tenía encima, sus pechos rozándose con los suyos mientras le aferraba la cara y le metía la lengua en la boca.

Dejó escapar un gemido de protesta pero este pronto se convirtió en alivio. Su cuerpo reaccionó al instante,

calentándose y el deseo sexual se desperezó haciendo que su sexo se humedeciese y su lengua saliese al encuentro de la de ella. Si bien era una reacción liviana, sin duda adormecida por el tratamiento, el hambre despertó en su interior sin importarle si era un hombre o una mujer quién la besaba; solo quería más.

Tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para romper ese beso y empujar el cálido y voluptuoso cuerpo a un lado. Casi la derribó en su prisa por zafarse de ella y recuperar el aliento y el dominio de sí misma.

—Bien, señorita Narrow, ¿qué me decía usted?

La vergüenza y la culpabilidad la

recorrieron al instante enfriándola. La dolorosa necesidad seguía presente, aturdida pero allí. Necesitaba más, sabía que necesitaba más, su hipersexualidad tiraba de ella hacia el sexo dónde fuese y con quién fuese, pero sexo y cuanto más y más variado, mejor.

—Eres... una... perra... —siseó, intentando recuperar el aliento y el dominio sobre sí misma.

Se atusó el pelo y se recolocó la ropa antes de ponerse en pie.

—Sí, lo soy —le soltó tan campante—. Y esta perra está dispuesta a emplear los trucos más sucios

de su arsenal con tal de hacer que acudas a esa entrevista. Sé que será bueno para ti.

Dio un paso atrás, giró sobre sí misma para darle la espalda y no verla y hundió los dedos en el pelo, deshaciendo el moño que llevaba recogido con un lápiz.

—Así que, ¿vas a la entrevista o seguimos?

Se giró y la fulminó con la mirada.

—¿Dejarás de tocarme las narices y poner a prueba mi paciencia si lo hago?

Le dedicó la más beatífica de las sonrisas.

—Palabra de *girlscout*.

Resopló.

—Tú nunca has sido *girlscout*.

Ignoró su réplica y caminó hacia ella, pasó por su lado, cogió el bolso de la silla y la miró.

—Vamos, te invito a un helado de chocolate para que puedas bajar la temperatura —le guiñó el ojo—. Con eso y con el frío que hace fuera, estarás bien cuando lleguemos a la heladería.

Abrió la boca y volvió a cerrarla.

—Dudo que todo el chocolate del mundo sirva para compensar tus harteras mañas —rezongó, cogió su abrigo y la siguió—. Que sean dos bolas grandes y con sirope de naranja.

—No te arrepentirás, Dani, te lo aseguro —aseguró abriendo ya la puerta de su apartamento—.

Crossroad te cambiará la vida.

CAPÍTULO 3

El cielo tenía un color gris plumizo,

la lluvia había acariciado la hierba y todavía colgaba en el aire como pequeñas gotas que le limpiaban el alma.

Ella seguía allí, custodiada por un ángel, rodeada por la eternidad de los cipreses. Había sido su alma, su corazón, su luz y el camino que había querido transitar.

—Hola dulzura. —Garret acarició la figura dormida del ángel y rozó las letras que contenían su nombre—. Te he echado de menos, aunque sé que me dirás que cómo es posible ya que no te has separado de mí.

Se inclinó, posó la funda del violín a un lado y depositó una única rosa blanca a los pies de la estatua.

—La *Crossroad* sigue adelante y nosotros con ella —le contó como solía hacer en cada una de sus espaciadas visitas—. A algunos les va mejor que a otros.

Suspiró y sacudió la cabeza.

—No puedo controlarle, lo intento, pero no puedo —confesó ante ella, la única que sabía por lo que había pasado, la única que le había comprendido y apoyado—. Sigue adueñándose de mi vida y siento que cada vez es más él y menos yo.

Se calló, contempló su nombre y el epitafio.

—Se ha deshecho de la secretaria —hizo una mueca—, la tercera en seis meses y a este paso, empiezo a dudar

que seamos capaces de retener a alguna más tiempo.

Recuperó la funda, la abrió y extrajo el violín de color azul que siempre lo acompañaba en sus visitas, un regalo de la mujer que más habían querido y a la que habían perdido; ella.

—Nolan cree haber encontrado una solución, yo soy escéptico al respecto —negó con la cabeza

—. ¿Abrirle las puertas de *Crossroad* a una completa desconocida? No se trata solo de ponerla tras un despacho, sino de mostrarle lo que es realmente este proyecto...

Acarició el violín con reverencia.

—Sé que necesitamos a alguien que esté ahí para todo lo que necesitamos,

que se comprometa y no sienta temor al descubrir los demonios que ocultan los socios de la compañía —continuó—.

Sinceramente, dudo que podamos encontrar a alguien tan fuerte o tan chalada como para aceptar tal desafío.

Se llevó el instrumento a la barbilla, lo acomodó y con el arco en posición arrancó los primeros acordes.

—Pero te prometo que, si existe ese ángel, intentaré conservarlo.

Cerró los ojos y comenzó a tocar la melodía que era solo para ella, una que había nacido de su sonrisa, de su mirada y la esperanza que nunca había perdido, una que esperaba todavía habitase también en él.

CAPÍTULO 4

Danielle no pudo evitar mirar entre embotada y recelosa el *lobby* del edificio. Con un estilo minimalista y moderno, la entrada ya daba una idea de la clase de decoración que iba a encontrarse en su interior. Esperó a que las puertas de cristal se cerraran a su espalda antes de avanzar hacia el mostrador tras el que pasaba el tiempo un guarda.

—Buenos días, vengo a una entrevista...

El hombre no la dejó terminar ni tampoco se molestó en levantar la mirada de lo que estaba haciendo.

—Coja el ascensor del fondo, tercera planta.

Y aquel era un trabajador dedicado en cuerpo y alma a la empresa, pensó con ironía. Siguió sus indicaciones y llamó a uno de los tres ascensores que había disponibles mientras se planteaba, no por primera vez, la posibilidad de dar media vuelta y largarse de allí.

Había tenido que pedir la mañana en el trabajo para asistir a esa maldita entrevista y, a medida que iba avanzando por las dependencias del edificio, se sentía más insegura sobre su decisión de presentarse a esa entrevista.

—Bueno, Lena no podrá decir que no he venido —se dijo a sí misma—. Además, siempre puedo decirles que no me interesa después de la reunión.

Las puertas del ascensor se abrieron

una vez más trayendo consigo el murmullo de la gente que se arremolinaba junto al área de recepción de la tercera planta. Un par de asientos y una pequeña mesa de café cubrían la pared frontal y a su derecha, el amplio mostrador tras el que se encontraban un hombre y una mujer, presidía la amplia estancia. Varias mujeres de edades comprendidas entre los veinticinco y cuarenta años formaban corrillos, unas se giraron en su dirección, pero la ignoraron al momento, otra estaba siendo atendida por uno de los empleados de la recepción mientras un par más le dedicaban una leve sonrisa y volvían a lo suyo.

—Genial —musitó para sí misma.

Miró hacia la izquierda y vio como la única puerta de doble cristal con el logotipo de la compañía se cerraba detrás de alguna candidata que se perdía por los pasillos.

Sacudió la cabeza y giró sobre los altos tacones que se había puesto para la entrevista. No, ni hablar. No iba a quedarse allí para asistir a una entrevista. Ni siquiera le interesaba el puesto.

—Lo siento, Lena, pero esta es una malísima idea.

Se adelantó con intención de llamar de nuevo al ascensor en el que había subido, pero las puertas del más cercano se abrieron y terminó golpeándose contra un muro. El impacto le arrancó el

aliento y la hizo trastabillar.

—Ay dios...

Unas fuertes manos la cogieron del brazo impidiendo que terminase en el suelo.

—Despacio. —Oyó una profunda y ronca voz masculina—. ¿Sigues de una pieza?

Se llevó la mano a la cara y se colocó las gafas para luego fijarse en el propietario de esas palabras.

—Lo siento. Ha sido culpa mía. No miraba por dónde...

Las palabras se esfumaron cuando se encontró con unos profundos ojos azules en un rostro fuerte y masculino, de mandíbula cuadrada y enmarcada por una breve barba oscura.

—...iba.

Sus labios se curvaron en un breve rictus que parecía indicar una incipiente sonrisa.

—Si no ha habido daños por tu parte, por la mía tampoco —aceptó y aflojó la presión de su mano hasta terminar soltándola para luego señalar el mostrador—. ¿Ya has recogido el número y dejado tus credenciales? Las entrevistas empezarán en veinte minutos —comentó al tiempo que miraba la muchedumbre reunida—. Y parece que van a llevar su tiempo.

—En realidad, estaba esperando al ascensor —reculó, aprovechando su distracción para rodearle y meterse en el habitáculo que seguía abierto.

La siguió con la mirada y enarcó una ceja ante su declaración. La recorrió con la mirada y pareció incluso más confundido por sus palabras.

—Disculpa el atropello —se excusó y dio un paso adentro, impidiéndole alcanzarla si no se movía—. Y suerte con las entrevistas.

—Espera, ¿no has venido a...? —señaló el corrillo.

Dio un nuevo paso atrás y extendió la mano hacia el panel al tiempo que las puertas empezaban a cerrarse.

—He cambiado de idea —se encogió de hombros y mantuvo la sonrisa ante su expresión de sorpresa.

—Espera, ese ascensor no...

No llegó a escuchar el resto de sus

palabras, pues las puertas eligieron ese momento para cerrarse.

—Salvada in extremis —musitó para sí. Se recostó contra la pared y dejó escapar el aire. Lo mejor sería volver a casa e inventarse una excusa creíble para Lena, algo con lo que no pudiese darle la lata.

Levantó la mirada y avanzó para marcar de inmediato el número del primer piso, pero el panel nada tenía que ver con el del otro ascensor, este era completamente táctil y, a juzgar por la ranura que había en la parte inferior, solo funcionaba con una llave.

—Mierda —masculló perdiendo el color. Deslizó los dedos sobre el teclado, pero no obtuvo resultados.

Había una tecla todavía encendida, pero era incapaz de accionar otra o cambiarla —.

Perfecto, sencillamente, perfecto...

Oprimió el botón que debería abrir las puertas, pero en vez de abrirse el ascensor empezó a subir.

—No, no, no... —aporreó las teclas como si esa manera pudiese hacer algo —, no quiero subir, quiero bajar.

No hubo manera de evitar que el cubículo obedeciese así que no le quedó más remedio que esperar a que llegase a la nueva planta y, una vez allí, coger el otro ascensor o arriesgarse con las escaleras.

—¿Por qué me tiene que pasar a mí todo esto?

Dani dejó escapar un profundo suspiró y esperó paciente. Estaba dispuesta incluso a bajar por las escaleras si de ese modo podía dejar el bendito edificio.

—Como tenga que bajar nueve pisos andando, lo hago descalza —resopló mientras veía cambiar los números.

Por fin, la máquina se detuvo y las puertas se abrieron de nuevo dejándola ahora en el interior de lo que, a todas luces, era una vivienda. Un amplio salón comedor se abría ante ella, un espacio abierto y luminoso que conducía a un pasillo por el cual apareció un hombre.

—Vaya, no esperaba a nadie hasta por lo menos después del concierto, pero es agradable ver que hemos

mejorado con el servicio a domicilio.

Parpadeó ante la inesperada aparición que se presentó ante ella. Un hombre con algo más de un metro ochenta, pelo rubio oscuro mojado y una única toalla oscura envolviéndole las caderas era lo

último que esperaba encontrarse en ese lugar.

CAPÍTULO 5

Danielle era incapaz de quitarle la mirada de encima al completo desconocido carente de ropa que se encontraba ante ella. Su presencia era tan inesperada como peligrosa. Sí, peligrosa. Su mente ya estaba recreando una serie de posibilidades que le hacían la boca agua y le recordaban que

llevaba demasiado tiempo sin sexo o lo que, para sus estándares, era demasiado tiempo sin satisfacer sus necesidades.

—¿De dónde sales, ricura? — preguntó mirándola con abierta apreciación masculina—. No eres la clase de bocadito que suele aparecer por aquí.

Parpadeó y señaló lo evidente.

—Del ascensor —murmuró y echó el pulgar hacia atrás—, de hecho, debería volver a él y marcharme.

Como si quisiera tomarle el pelo, las puertas se cerraron al momento dejándola con un palmo de narices. Volvió a llamar, pero el maldito se negaba a abrir.

—Esto... —evitó mirarle—. ¿De

causalidad no podría indicarme dónde están las escaleras? Creo que he cogido el ascensor equivocado.

—¿Y por qué habría de hacerlo?

Su respuesta la llevó a girarse y mirarle con gesto incrédulo. No podía haber oído bien.

El rubio adonis había apoyado el hombro contra la puerta y la miraba con tal intensidad que el estómago empezó a encogersele y las mariposas empezaron a revolotear.

—¿Por qué soy una completa desconocida, me he metido en su casa y debería estar en cualquier sitio menos aquí? —sugirió mostrando lo obvio—. Y estoy invadiendo su espacio personal.

Se rio, una sonora carcajada cargada

de sensualidad que le puso los pelos de punta e hizo que apretase los muslos ante el repentino deseo.

—No estás tan cerca como para invadir mi espacio personal —aseguró. Dejó el lugar en el que estaba apoyado y empezó a caminar hacia ella como un ave rapaz—. De hecho, la toalla sigue en su sitio y tú conservas los zapatos.

Parpadeó ante la mención de las dos prendas.

—Pues yo mantendría la toalla en su sitio —le soltó evitando bajar la mirada a dicho elemento—.

Insisto en que lo haga y me enseñe la puerta.

—Claro, está justo a tu derecha —le indicó, señalándole la dirección—,

puedes ir desnudándote de camino. Primero los zapatos, por favor. Me cabrea sobremanera que los tacones rayen el parqué.

—¿Perdón?

Su sonrisa se hizo más amplia, sus dientes eran blancos y perfectos. Diablos, todo en él era devastador y hacía que le temblasen las rodillas.

—La puerta del dormitorio —le dijo y gesticuló con la cabeza en esa dirección.

—No busco la puerta del dormitorio, sino la de salida.

—Esa ya te la enseñaré después... o no —declaró acortando la distancia entre ellos—. Zapatos fuera. Ahora.

Su sexo se contrajo ante su tono de

voz. Fue imposible no apreciar también su aroma desde esa distancia, uno que le gustó mucho más de lo que deseaba y tiró inmediatamente de su deseo. Podía notar como se le erizaban los pezones, como palpitaba su centro y la saliva acumulándosele en la boca.

—Ne... necesito salir de aquí.

Chasqueó la lengua y le cortó toda retirada, hundiendo la mano en su pelo, aferrándolo con fuerza y levantándole con ello la nuca.

—No, no es lo que necesitas.

Su voz era como un afrodisíaco, su mente empezó a evocar toda clase de cosas eróticas que la dejaban jadeando y con ganas de suplicarle.

—Por favor.

Dios, ¿acababa de gemir? No, no, no. Tenía que centrarse, tenía que salir de allí cagando leches.

—Esa es una palabra que sin duda me gusta, especialmente cuando estoy enterrado profundamente en una mujer —le soltó sin molestarse en disimular su obvio deseo, aferrando con más fuerza su pelo, obligándola a ponerse de puntillas—. Y mira por dónde, tú eres una mujer, una bastante apetitosa a pesar de este horrible envoltorio.

Tragó e intentó dar un paso atrás. Notó el tirón en su pelo e hizo una mueca, pero el dolor no sirvió para que su cuerpo dejase de excitarse. Se moría por restregarse contra él, quería arrancarle esa toalla, liberarse de su

propia ropa y arrasar ese cuerpo como si fuese un banquete bien dispuesto y ella estuviese muerta de hambre.

—Desnúdate —le calentó el oído con su aliento.

La orden la estremeció de placer, le temblaban las manos y tuvo que apretarlas en sendos puños para no ceder y hacer lo que ella misma deseaba. Su cerebro se las ingenió para activarse y conectar con su boca.

—No.

Su negativa le causó gracia a juzgar por la forma en que sonrió, su presa sobre el pelo se aligeró y pudo dar un paso atrás para liberarse.

—¿Me has dicho que no?

Se lamió los labios.

Dios, podía imaginársela ya subida sobre esos muslos, montándole mientras le acariciaba los pechos, moviendo las caderas para...

¡Basta!

Retrocedió incluso más, poniendo distancia entre ambos.

—¡Sí! ¡Lo he dicho! —elevó más la voz de lo que esperaba—. No. Es una palabra lo suficiente clara para ser entendida.

Se llevó las manos a las caderas, la toalla no podía disimular la obvia erección que la levantaba desvergonzada.

—Mi entendimiento no es lo que era —chasqueó la lengua—, tiendo a filtrar solo lo que realmente me interesa

escuchar.

—Si quiere se lo explico.

Sonrió de soslayo y se inclinó hacia delante.

—Sabes, me pone y mucho que me trates de usted —declaró y, para hacer hincapié sobre esas palabras, deslizó la mano sobre su erección—. De hecho, ya me tienes duro.

No mires, no escuches. Da media vuelta y sal corriendo. Vamos, Dani, espabila. Este tío es un exhibicionista, no sabes quién es y... el que esté tan bueno como el pecado, no te ayuda en absoluto.

—En ese caso te tutearé y solo lo haré para pedir una única dirección, ¿la puerta de salida?

—¿Por qué no usas de nuevo el ascensor?

Enarcó una ceja.

—Claro, déjame la llave y me largaré antes de que pestañees.

Se pasó el pulgar por el mentón y la miró como si su presencia lo estuviese entreteniéndolo de verdad.

—Está claro que no eres una de las chicas de Garret —comentó entonces, su mirada la desnudaba sin mucho esfuerzo—. Y ese aspecto comedido, recto, casi aburrido, sin maquillaje y las gafas...

Déjame adivinar, eres la nueva secretaria.

—En realidad no he llegado siquiera a hacer la entrevista —respondió y

elevó la barbilla, necesitaba aparentar una seguridad que ahora mismo no tenía.

—Eso no es un problema —decidió convencido—, podemos hacerla ahora mismo. Acabo de decidir que eres perfecta para el puesto. Estás contratada... Ah, pero todavía no sé tu nombre.

—Ni lo sabrás.

Su sonrisa se volvió predatoria.

—En ese caso tendré que ponerte yo uno —entrecerró los ojos y la recorrió una vez más con la mirada—. ¿Qué te parece Betsy? Sí, tienes aspecto de Betsy.

Apretó los dientes. La estaba haciendo enfurecer a propósito y esa mirada, dios, esa mirada hacía que

quisiese arrancarse la ropa y lanzarse sobre él para follárselo.

No, no, no, no. Tenía que centrarse, tenía que respirar profundamente y...

—Nosotros, el Pueblo de los Estados Unidos, a fin de formar una Unión más perfecta, establecer Justicia, afirmar la tranquilidad interior, proveer la Defensa común, promover el bienestar general...

El gesto asombrado de su cara casi le provoca una carcajada. Casi.

—¿Estás recitando la Constitución?

—El preámbulo...

Arrugó el ceño, sus ojos se abrieron ligeramente y menudos ojos. Por dios, qué sexy era, ¿por qué no se lo tiraba y ya?

—¿Por qué?

—Eso me mantiene bajo control.

Se echó a reír. Prácticamente se dobló por la mitad a carcajadas.

—Nena, eres la tía más extraña con la que me he topado en toda mi vida y aún encima eres secretaria —la hilaridad estaba presente en su voz—. De verdad, esta vez los socios se han coronado en su elección.

Arrugó la nariz y entrecerró los ojos.

—Nadie me ha elegido.

Se incorporó y la miró, tenía los ojos brillantes.

—Oh, ya lo creo que sí, Betsy, acabo de hacerlo yo.

Dios, ¿por qué demonios la llamaba así?

—No me llamo Betsy...

—Ahora sí —aseguró todo lleno de razón.

—Y una mierda —siseó—. Mi nombre es Danielle. Danielle Narrow.

La información surgió voluntariamente de sus labios.

—Así que eres Danielle —repitió como si saborease el nombre—. Dani. Sí, te pega.

Aquello empezaba a ir más allá de lo absurdo.

—¿Vas a decirme de una buena vez dónde demonios está la puerta o tendré que buscarla por mí misma?

Acortó la distancia entre los dos dejándola de nuevo sin respiración y obligándose a sí misma a mantener las

manos a los lados y no posarlas en ese magnífico pecho.

—Te diré dónde está —declaró con un firme asentimiento—. De hecho, te acompañaré hasta la oficina... o quizá lo haga Garret... pero eso será después de que me des lo que quiero.

Se lamió los labios, fue incapaz de evitarlo.

—No he venido aquí para echar un polvo.

Hizo un gesto con la mano y chasqueó la lengua.

—No, seguro que no —ahora fue él quien se lamió los labios—. Pero ahora, es precisamente lo que vas a hacer.

—No, no lo haré...

¿Por qué demonios sonaba tan

dudosa al respecto?

—Sí, sí lo harás.

Se arrancó la toalla, enseñándosela y dejándola caer.

—Y este es tan buen momento como otro para que lo aceptes querida Dani — bajó sobre su boca

—, porque no te dejaré escapar hasta haberte follado.

CAPÍTULO 6

Danielle había perdido el control.

Su beso no había sido más que el principio de su propia caída. El sabor de su boca, su propia hambre despertando, ese magnífico y apetitoso cuerpo desnudo. Antes de que pudiese darse cuenta de lo que hacía, lo había

besado, había dejado que la acariciase y le arrancase la ropa, se había restregado contra él y había disfrutado de los preámbulos antes de terminar sobre la cama, desnuda y acariciándose a sí misma.

Se sentía caliente, excitada, el deseo había tomado el control y todo lo que deseaba era satisfacer el ardor que se enroscaba en su interior. Se arrodilló sobre la cama y se llevó un dedo a la boca, chupándolo, viendo la lujuria que eso despertaba en los ojos claros. Arrastró el dedo hacia abajo, acariciándose los pechos, dejando un sendero húmedo por su estómago para finalmente atravesar su rasurado pubis hasta los desnudos pliegues de su sexo.

Él era incapaz de apartar la mirada de su mano, su sexo totalmente erecto se alzaba como un apetecible caramelo que la encendía aún más. Se masturbó delante de él, se acarició íntimamente mientras se dejaba ir sobre el colchón, acostada boca arriba, con las rodillas dobladas dejándole presenciar el espectáculo.

Podía ver cómo apretaba la mandíbula, como se lamía los labios y sus ojos se abrían incluso más por el placer, sabía que deseaba ser él quien hiciera aquello, quizá incluso con su boca, algo que le había dejado perfectamente claro antes. El solo pensamiento le arrancó un jadeo.

—¿Necesitas una invitación? —

ronroneó contoneándose sobre la cama, mostrando unos dedos húmedos emergiendo de su interior, acariciándose el hinchado botón al tiempo que movía las caderas al compás de sus gemidos.

Lo vio avanzar hacia ella, su mirada fija en su sexo y su voz totalmente ronca por el deseo.

—¿Para un espectáculo tan erótico? —replicó relamiéndose—. Ya la tengo, en exclusiva y para la primera fila.

Se cernió sobre ella, disfrutando de ese especiado aroma a sexo, de la única fragancia femenina y del delicioso color rosado de su coño. Quería lamerla, quería sustituir esa juguetona mano y devorarla por completo. Le cogió la mano y se llevó los dedos a la boca,

lamiéndolos, probando su sabor para luego bajar la mirada entre esos muslos y sonreír con pereza.

—Y creo que voy a hacer uso de mi pase VIP.

Apoyó una rodilla sobre el colchón para acercarse más a ella y mantener el equilibrio, deslizó la mano cubriendo el húmedo y cálido sexo y bajó la cabeza sobre sus pechos dispuesto a darse un festín con el rosado pezón que se erguía llamándole.

Tenía los pechos grandes, algo que sin duda aprobaba, los pezones duros y erguidos le atraían como un imán, despertaban su propia hambre. La mordió con suavidad, comprobando su grado de sensibilidad, atento a sus

respuestas en forma de gemidos y deslizó los dedos en su aterciopelado y húmedo interior. La penetró un par de veces, disfrutando de la forma en que lo apretaba, de los desinhibidos gemidos y de la manera en la que movía las caderas buscando más. Era caliente, una mujer dispuesta a obtener lo que deseaba sin importar el costo, le gustaba el sexo y no tenía problemas en demostrarlo. Era exigente, sensual y estaba tan hambrienta que hacía que su propia hambre y lujuria se disparasen.

—Eres una cosita caliente, ¿eh?

Ella no respondió, se limitó a gemir, a levantar las caderas buscando más profundidad, pero no se

la dio, por el contrario, se retiró

frustrándola y haciéndola lloriquear.

—Oh, sí, muy caliente.

Le gustaba. Eso es lo que deseaba, una mujer dispuesta a follar, a entregarse al placer de dos cuerpos desnudos y dar rienda suelta al placer.

Cogió uno de los múltiples cuadraditos de colores que había tirado antes sobre la cama, se enfundó el preservativo y bajó de nuevo sobre ese delicioso cuerpo para retomar su asalto sobre los pechos.

—Sí, me gusta.

Le separó los muslos para hacerse sitio, dejó su pezón y la lamió entre los pechos, mordisqueándole la piel de la clavícula para hacer lo mismo con la base de su cuello. La manera en que se

arqueaba, en que gemía lo ponía incluso más duro de lo que ya estaba. No dudó en introducirse en su interior, lo hizo lentamente, dispuesto a hacerla suplicar, a disfrutar de cada pequeño instante de ese inusual momento. Había algo en esa mujer que la hacía distinta a las demás, que lo llevaba a degustar de cada pequeño gemido, de cada jadeo. Se enterró poco a poco, degustando su calor, la tensión de sus músculos interiores que lo succionaban con avidez, de la estrechez y la humedad que emanaba facilitando la penetración.

La lamió, mordisqueó la piel de su cuello y subió hasta su mandíbula para finalmente recalar en su boca. La penetró con la lengua del mismo modo

en que lo hacía con su pene, se impulsó profundamente en el mojado y apretado túnel, fuerte, sin barreras, quería follarla, quería montarla a placer y ella elevó las caderas animándole a hacerlo.

Empezó a bombear en su interior, disfrutando de la forma en que ese húmedo calor lo abrazaba.

Estaba mojada, resbaladiza y hacía que cada incursión en su sexo fuese deliciosa. Ella lo acompasó en cada encuentro, impaciente, hambrienta y le dio lo que quería, con fuerza, salvajemente, sin control. Deslizó la mano entre sus cuerpos, moviéndola, acomodándola para poder alcanzar su clítoris y jugar con él mientras se la tiraba. Su respuesta fue inmediata, su

grito ahogado por sus propios labios que saqueaban su boca y esas dulces y calientes paredes se cerraron con más fuerza alrededor de su polla, succionándolo, volviéndolo loco.

Se retiró lo justo para volver a penetrarla con fuerza y profundidad, le levantó el muslo con la mano, abriéndola, abandonando su boca y buscando sus ojos para encontrarse con la cruda lujuria en ellos. Bajó la mirada entonces entre sus cuerpos y se lamió los labios ante la erótica imagen de su pene invadiendo ese dulce coñito. Se quedó extasiado ante la imagen de su sexo húmedo por su caliente crema, de los labios rojizos que lo acogían con un ruidito de succión. El suave vello

brillaba con la humedad y se mezclaba con el propio creando el cuadro perfecto para esa escena erótica. Su hambre aumentó, las ganas de follarla con más fuerza se desataron y la montó a placer.

—Eres la cosa más caliente que he probado en mi vida —declaró alzando la mirada sobre su cuerpo, devorándola con la mirada hasta encontrarse con sus ojos. Ella estaba en éxtasis, arqueaba la espalda haciendo que sus pechos resaltasen y se muriese de ganas de mordisquear de nuevo esos pezones.

Su silencio era tan extraño como erótico, esos ojos decían mucho más que un puñado de palabras y lo enardecían como el mejor de los afrodisíacos. Le cogió las manos y se las estiró por

encima de la cabeza, fijándola a la cama con su cuerpo mientras seguía follándola con profundos movimientos de cadera.

—Tan deliciosa y ardiente que creo que me quedaré contigo una temporada —declaró sin pensar realmente en ello. Ella era mucho más que cualquiera de las otras mujeres que había conocido, tenía algo que los conectaba de una manera que solo ellos comprendían—.

Sí, te follaré siempre que

quiera y tú, ricura, estarás más que dispuesta.

Gimió y echó la cabeza hacia atrás, sus músculos interiores le avisaban de que estaba cerca de la liberación lo que hizo que su propio orgasmo empezase a construirse rápidamente.

—Eres mía, Dani —pronunció su nombre. Ese simple gesto trajo una respuesta inmediata en ella, lo notó en todo su cuerpo, en la manera en que se tensaba, en la forma en que luchaba consigo misma para encontrar aquello que necesitaba—. Sí, toda mía para hacer lo que yo quiera.

Salió de su interior. Ella gritó indignada, su mirada se cubrió de dolor un segundo antes de convertirse en rabia, pero era una emoción fría, controlada y no llegó a puerto. La giró sin contemplaciones, dejándola a cuatro patas, le rodeó la cintura y la atrajo hacia atrás, separándole los muslos solo para volver a introducirse de nuevo en ella con fuerza y bombear en su interior

como si no existiese el mañana.

Los jadeos femeninos se unieron a sus propios gruñidos, envolvió la mano en el largo pelo y tiró de él hacia atrás, como si fuese una improvisada rienda. Buscó su boca en esa extraña posición, ella no se opuso, por el contrario, sorbió su lengua avariciosamente, mordiéndole suavemente los labios al tiempo que empujaba sus caderas hacia atrás, buscando más, rogando por más.

—Pídemelo —se arrancó de sus labios, tiró con fuerza de su pelo y la miró a los ojos—, pídemelo que te folle, que te dé más.

La lucha estaba en sus ojos, sus labios se apretaron, pero solo hasta que tiró de nuevo de su pelo haciéndola

jadear.

—Pídeme que te monte, Dani o me detendré.

—¡No!

El grito angustiado que emergió de su garganta se reflejó en sus ojos.

Miedo, impotencia, dolor, vergüenza, un sinfín de emociones que le escocieron de una forma que nunca pensó posible. Este no era él, no podía importarle menos lo que quisiera su compañera de cama mientras él obtuviese el placer que deseaba, pero con Dani...

Sacudió la cabeza y le miró los labios obligándose a concentrarse en sí mismo, en lo que quería.

—Dilo, Dani, di «*fóllame, Trey*».

Sus labios se movieron con

renuencia al principio hasta que surgieron las palabras.

—Fóllame Trey.

Sonrió y empujó muy lentamente en su interior.

—Otra vez —insistió.

—Fóllame... dios... hazlo.

Se rio entre dientes, bajó la boca sobre la de ella y la devoró.

—Así me gusta.

Aflojó su agarre solo para empujarla suavemente contra la cama, dejando que sus antebrazos sostuviesen todo su peso. Esa posición la dejaba expuesta, su culo levantado lo justo para que él disfrutase de aquella posición con un simple movimiento de cadera.

La penetró con golpes rápidos y

profundos, dejó que el entrechocar de sus cuerpos se convirtiese en una rítmica melodía mientras disfrutaba de esa apretada vaina succionándolo, apretándolo, amenazando con arrebatarse el control y arrancarle el orgasmo. Se movió con intensidad, sonriendo con orgullo masculino cuando la notó convulsionar a su alrededor, ciñéndose a su sexo humedeciéndose todavía más cuando empezó a correrse con un agónico grito.

Siguió bombeando en su interior, disfrutando de esa nueva presión hasta que su orgasmo le reclamó. Empujó con fuerza, disfrutando de su propia liberación para finalmente dejarse caer sobre ella, cubriéndola con su cuerpo y

relamiéndose ante lo que planeaba iba a ser una deliciosa velada.

Trey no estaba acostumbrado a prestar tantas atenciones, pero de alguna manera, esa pequeña polvorilla sexual tiraba de él en esa dirección o quizá fuese la parte de Garret de la que no podía librarse. Su alter ego, su otro yo, alguien que se había perdido en un momento del camino y le necesitó para seguir adelante y mantener la cordura. Donde él era fuerte, su otro yo era débil, lo que a él le encantaba, al otro lo asqueaba y eso hacía que fuese todavía más divertido dar rienda suelta a sus impulsos sexuales.

Siguieron con la diversión en el

cuarto de baño, en la ducha, dejó que ella se hiciese cargo del aseo de ambos, haciendo hincapié en el suyo propio para finalmente coger el relevo y dedicarse a dar rienda suelta a su maliciosa y erótica imaginación.

Se arrodilló delante de ella, le separó las piernas y la instó a apoyar un pie sobre la repisa para tener mejor acceso a su zona de juegos privada.

—Sin duda esta va a convertirse en mi zona de juegos preferida —ronroneó—. Tendré que sacarle una foto para admirarla adecuadamente.

—Ni se te ocurra —jadeó totalmente indignada. Después del primer asalto había encontrado de nuevo la voz, aunque no era muy comunicativa al

respecto.

Se rio entre dientes y se inclinó sobre su sexo, sopló sobre la dulce y caliente carne antes de deslizar la lengua por sus pliegues.

—¿Me replicas? —se rio—. Eso se merece un castigo.

—Trey...

Ignoró sus balbuceos y la succionó con fuerza un par de veces, oyéndola gemir para luego dejarla de nuevo.

—No te muevas —la aleccionó y se levantó para coger la alcachofa de la ducha.

—¿Qué...? ¿Qué vas a hacer?

Esa mirada velada por el deseo, los labios hinchados de sus besos, los pezones todavía duros.

Sucumbió a su propio deseo y se cernió sobre uno de sus senos, chupó y mordió a placer una de las tiernas cúspides mientras la regaba con el agua.

—Ábrete —la instruyó y, para que no quedara ninguna duda de su orden añadió—. Separa los labios con los dedos.

Sintió su sobresalto, pero también su excitación. Vio como tragaba con nerviosismo, como temblaba ligeramente mientras deslizaba la mano entre sus muslos y extendía los labios de su sexo, exponiendo el aumentado clítoris.

—Las dos manos, ricura, te quiero bien abierta.

Un nuevo estremecimiento, un jadeo

ahogado y el rubor cubrió todo su cuerpo antes de obedecer sus órdenes.

—Buena chica.

Trey bajó entonces el chorro de la ducha y lo dirigió hacia su sexo, los inmediatos gemidos y jadeos de ella se hicieron eco en el pequeño habitáculo mientras ella se excitaba con aquel pequeño tormento.

—Ni se te ocurra cerrar las piernas o cambiar de posición.

Sostuvo la ducha en el lugar oyéndola maldecir y volvió a tomar posesión de esos duros y apetitosos pezones. Se amamantó de sus pechos mientras ella gemía y se retorció, haciendo lo imposible por mantener la misma posición, pero cediendo al final

al tormento y empujando las caderas hacia delante para obtener más de aquella estimulación.

—Sí, así es como te quiero —ronroneó—, caliente y desquiciada. Rogando por más.

—Dios, sí... por favor...

Ella era caliente, malditamente caliente e insaciable y eso le encantaba, permitía que su lado pervertido saliese a la luz y disfrutaba de ello.

Abandonó sus pechos y empezó a mordisquearle la piel del vientre y la tripa, sus dedos decidieron entrar entonces en acción y se sumaron al chorro de agua, penetrándola profundamente.

Le arrancó un agónico jadeo y varios

insultos entre infinitos jadeos. Se meció contra él, buscando ahondar aquella penetración y encontrar la liberación, pero él se la negó. La quería todavía más excitada, enloquecida de deseo y necesidad.

—Quiero más de ti, quiero que me des todo —declaró resbalando los dedos de su interior y deslizarlos hacia atrás, acariciándole el fruncido botón de su trasero—. Sí, te quiero también por aquí.

La notó respingar, pero pronto la sorpresa dio paso a la excitación y la escuchó gemir cuando deslizó la yema del dedo dentro de ella. Poco a poco introdujo un poco más, penetrándola con la falange hasta el nudillo, saliendo solo

para volver a entrar.

—Ya veo que a ti también te gusta la idea.

Ella no respondió, pero no eran necesarias las palabras al sentir como se empujaba contra él, buscando más de esa prohibida pasión.

Empujó la alcachofa de la ducha más cerca para que incidiese directamente en su centro y la penetró de nuevo por atrás, lubricándola, incitándola y volviéndola loca.

—Trey —jadeó su nombre, enloquecida de placer, montando su dedo, intentando huir del agua solo para buscarla a continuación.

—¿Qué deseas, dulzura? —le susurró al oído—. ¿Quieres esto?

¿Quieres más? —retiró el dedo y unió un segundo para volver a penetrarla de nuevo.

—Oh dios.

—Sí, ya veo que te gusta —siguió martirizándola, encendiéndola mientras su propio sexo palpitaba ya por más—, ¿y sabes qué, nena? A mí me encanta dar por culo.

Dicho esto, volvió a colocar la ducha en su lugar, la giró de cara a la pared y la instó a levantar de nuevo la pierna, colocando el pie en el altillo para penetrar ahora su dulce y caliente sexo con los dedos.

—Y voy a hacerlo, Dani, voy a follarte por aquí —le apretó una nalga—, y vas a gritar, te vas a correr como

nunca. Lo harás, ¿verdad, nena?

No le permitió responder, tampoco es que le importase su respuesta, quería follársela, quería joder ese pequeño culito que tan bien se había sentido alrededor de sus dedos.

—Respira profundamente, cariño — le sugirió con gesto divertido y malicioso antes de separarle las nalgas y lubricar su agujerito con sus propios jugos—, esto va a ser muy divertido.

—Oh, joder...

Se quedó sin aire, tembló completamente pero no se retiró cuando introdujo la cabeza de su pene y empezó a penetrar su apretado agujero.

—Empuja hacia mí —ronroneó en su oído, clavándole los dedos en el trasero

— Oh, sí, bebé, justo así...

— Dios mío...

Se rio entre dientes y siguió empujando en su estrecho canal, jadeando al mismo tiempo al sentirse tan comprimido.

— Dios, eres fantástica, nena.

Deslizó una mano sobre su cadera y la rodeó para buscar entre sus piernas su sexo y su abultado clítoris.

— Juguemos, pequeña Dani, juguemos.

Se alojó por completo en su culo, podía sentir como los desacostumbrados músculos lo oprimían arrebatándole el aliento.

— Trey, oh dios, Trey.

Sus gemidos lo excitaban, la manera

en que lo apretaba lo excitaba sobre manera.

—Sujétate, nena —le susurró al oído —, este rodeo va a ser movido.

Se retiró lentamente, trozo a trozo para luego volver a penetrarla con suavidad. Sus gemidos de placer lo enardecían y lo animaban a ir a por más, a darle más. Empujó de nuevo y volvió a salir, la montó suavemente mientras jugaba con su clítoris y penetraba con un dedo su caliente y chorreante sexo.

—Me aprietas como una jodida presa.

Y estaba en éxtasis por ello. Le gustaba la sensación que envolvía a su polla y amenazaba con arrebatarse el control. Jadeó y aferró su cadera para

facilitarse el movimiento, la folló como un loco, gimiendo, gruñendo y haciéndola gritar a ella en el proceso.

Dani estaba perdida en aquella vorágine de placer, su cuerpo ya no le pertenecía, todo en lo que podía pensar era en su propia hambre, en la necesidad que la consumía y en lo delicioso que era el dolor que le atravesaba el trasero. No era la primera vez que tenía sexo anal, siempre había sido una mujer curiosa, dispuesta a experimentar y después, bueno, después todo lo que fuese sexo y apaciguase ese dolor interior había sido bienvenido. Pero esto era distinto, de alguna manera, ese hombre era tan avaricioso y estaba tan hambriento como ella misma,

emparejaba sus necesidades y las convertía en tuyas volviéndola loca.

No podía pensar, apenas sí podía hacer otra cosa que jadear de placer ante la sensación del grueso y largo pene atravesándola de ese modo, de sus dedos incursionando en su dolorido y hambriento sexo. Apenas conseguía respirar, la sensación era tan intensa que amenazaba con desmayarla.

Le dolían los pezones, el agua de la ducha que ahora caía sobre ella era como un millar de diminutas agujas sobre su piel y la volvía loca. Giró la cabeza en busca de su boca, quería esa lengua hundiéndose con la misma fuerza que su polla, quería que sus besos ahogaran sus gemidos y él no la

defraudó.

—Trey —jadeó su nombre, lloriqueó y rogó porque ese nuevo orgasmo la saciase por completo, que se llevase durante unos momentos la loca necesidad que habitaba en su interior.

Él empezó a moverse entonces más rápido, abandonó su sexo para aferrarla por las caderas y taladrarle el culo con fuerza. Se clavó en su trasero, llenándola con fuertes golpes de su pene, dejando que el agua se vertiese sobre ellos antes de sisear y retirarse para terminar corriéndose sobre sus nalgas al mismo tiempo que la penetraba de nuevo con los dedos, le pellizcaba el clítoris y la lanzaba a un demoledor orgasmo con el que terminó gritando su

nombre.

Sí, esa era una mujer que iba a conservar.

CAPÍTULO 7

Garret no podía dejar de mirar a la desnuda desconocida que dormía apaciblemente en la cama.

No tenía la menor idea de quién diablos era esa mujer, no la había visto en su vida y, sin embargo, estaba claro que, de forma indirecta, se había acostado con ella.

¡Maldito hijo de puta! ¡Iba a matar a Trey!

Miró a su alrededor e hizo una mueca ante el fuerte aroma almizclado del sexo, se levantó y no pudo evitar

protestar ante el acostumbrado dolor de sus músculos después de una sesión de sexo maratoniana. Se dirigió a la ventana y la abrió. Necesitaba un poco de aire.

¿Qué hora era? ¿Qué día era? Estaba en su propio piso, en el edificio de la compañía y, a juzgar por la pérdida de luz que atravesaba la ventana, debía estar atardeciendo.

Se pasó las manos por el pelo con gesto frustrado. Se sentía utilizado y peor aún, sentía que ella había sido también utilizada.

Pero, ¿quién demonios era y qué hacía aquí? ¿Cómo había subido? ¿Quién demonios la dejó entrar?

Piensa, piensa, piensa.

Eso era siempre la peor parte, la laguna que precedía a la llegada de Trey, los lapsus de tiempo perdidos en los que no sabía que había hecho, que había dicho.

Dejó la habitación sintiéndose asqueado conmigo mismo, buscó rápidamente el reloj y lo encontró con la ropa que esa misma mañana había dispuesto antes de... meterse en la ducha.

Sí, recordaba haberse duchado y entonces... Trey se había hecho con el control. Había estado tan preocupado pensando en el día que le esperaba por delante, en la tarea de encontrar una nueva secretaria que...

—¡Mierda! —Miró de nuevo el

reloj. Las entrevistas estaban previstas para las diez y ya eran las siete de la tarde.

Se metió en la ducha del final del pasillo, no se atrevía a entrar de nuevo en el dormitorio dónde ella seguía durmiendo. Había visto su ropa esparcida desde el salón hasta la habitación y, a excepción de la lencería, era realmente conservadora.

—Por favor, no dejes que ese cabrón se haya tirado a la nueva secretaria.

Se lavó rápidamente, se vistió y volvió al salón para recuperar las llaves y bajar en el ascensor hasta la oficina. La luz intermitente del teléfono le llamó la atención, tenía un mensaje de video.

—Cabrón hijo de puta.

No necesitaba saber quién lo había dejado, esos mensajes eran suyos... de su otra personalidad.

Respiró profundamente y le dio al *play*. Su dormitorio apareció en la pantalla, la imagen moviéndose hacia la derecha hasta enfocar de nuevo a esa mujer y entonces, tras un nuevo giro se vio a sí mismo, sentándose a los pies de la cama, posando la mano sobre la cadera femenina y sonriendo con maldad.

—Ey, Garret, si estás viendo esto es que ya te has despertado. —Su misma voz, su misma cara, su mismo cuerpo y al mismo tiempo una expresión que no encajaba con la suya—. Bien, pues déjame hacer las presentaciones. Esta

cosita voluptuosa y caliente es Dani. Es tu nueva secretaria. No he podido evitar hincarle el diente cuando subió en el ascensor. Deberías darle las gracias al gilipollas que la dejó subir. Si todavía está en la cama, únete a ella y pásalo bien, te pondrá los ojos del revés y te hará suplicar. Oh, sí, si hay una palabra que defina bien a esta cosita es sexo. Ni se te ocurra echarla, ¿me oyes? No todos los días se encuentra una cosita tan apetitosa y dispuesta. Por cierto,

interesante anuncio el que habéis elaborado para encontrar secretaria, pero se te olvidó mencionarle las particularidades de cada uno de sus nuevos jefes. Te alegrará saber que la he puesto al corriente...

de lo nuestro.

Con aquella última declaración, retiró la sábana que cubría a la mujer y le dedicó un buen plano antes de terminar la grabación.

—Maldito hijo de la gran puta.

Apretó el móvil con tanta fuerza que temió romperlo, así que terminó lanzándolo contra el sofá.

Ese cabrón lo había hecho de nuevo, lo había metido en un lío del que nada sabía y que ahora le tocaba arreglar.

Su secretaria. Había dicho que esa mujer... Dani... era su maldita secretaria.

Sacudió la cabeza, se mesó el pelo y empezó a pasearse de un lado a otro con gesto desesperado.

No, no podía estar pasándole esto. Trey no debería haber salido, no tenía motivos para ello y sin embargo, el hijo de puta se había adueñado de nuevo de su cuerpo, de su cara y de su vida y lo había jodido otra vez.

«Ni se te ocurra echarla, ¿me oyes?»

No podía dejar de replicar en su cabeza el video. El interés que había escuchado en su propia voz era genuino. Esa mujer le gustaba y eso lo hacía si cabía incluso más extraño. Trey nunca se encaprichaba con nada y menos con una hembra. Las usaba. Las follaba y luego las sacaba de su sistema, pero ahora le había dejado esa en su cama, la única que no debía estar allí si lo que decía

era cierto.

Echó un último vistazo hacia el pasillo que llevaba al dormitorio y continuó hacia el ascensor solo para encontrarlo bloqueado desde ahí.

—Si no muriese yo al mismo tiempo, te mataría, cabrón.

Trey lo había bloqueado. Había impedido que alguien pudiese acceder directamente desde la oficina y, no tenía que ser un genio para suponer que habría hecho lo mismo con la puerta.

Desbloqueó el ascensor y esperó a que se abriesen las puertas para entrar y bajar a la oficina.

Miedo le daba lo que iba a encontrarse allí.

—¡Al fin! —lo interceptó Nolan nada más salir del ascensor—. Dime que la chica está bien.

Lo fulminó con la mirada.

—¿Quién le dejó subir?

—Nadie. Se coló.

—¿Cómo que se coló?

Su compañero señaló el ascensor.

—Acababa de bajar de tu piso para avisarte que iban a empezar las entrevistas —le recordó—. Y

cuando llegué aquí, tropecé con ella. Antes de que pudiese saber qué estaba pasando se había metido en el ascensor y las puertas se cerraban.

—¿Sin llave?

Hizo una mueca. Estaba claro que había metido la pata y se sentía

jodidamente culpable por ello.

Bien, más le valía estarlo.

—Lo dejé programado para subir —
resopló—. ¿Ella está bien?

¿Que si estaba bien?

—Todo lo bien que puede estar mi
nueva secretaria después de encontrarse
con Trey.

Su amigo parpadeó confundido.

—¿Cómo que tu nueva secretaria?

—No lo sé, dímelo tú —le soltó
irritado—. Todo lo que sé es que el
cabronazo de *Mr. Hyde* dice que es la
nueva secretaria y le ha gustado lo
suficiente como para hablarle del
gemelo bueno y el gemelo malo.

Nolan dejó escapar un largo silbido.

—Dime que es una broma.

—Me gustaría poder hacerlo, pero conociendo a ese cabrón y su sentido del humor, no me sorprendería que en efecto lo haya hecho.

—Joder —masculló, se pasó la mano por el pelo y lo miró de nuevo—. ¿Y ella?

Señaló el techo.

—La he dejado en el dormitorio.

—¿Está...?

—En pelotas, apesta a sexo y sí, está dormida. Al menos, lo estaba cuando salí por la puerta —

soltó de carrerilla—. No tengo la menor idea de quién es. No la recuerdo en absoluto y ni siquiera sé su nombre.

Mentira. Trey le había dicho que se llamaba Dani.

—Venía a la entrevista —comentó Nolan—. ¿Qué otra cosa, sino, la traería aquí?

—No lo sé —se encogió de hombros—, pero va a tocarme descubrirlo.

—Eso parece —aceptó con un resoplido—. ¿Crees que ella dará la talla para el puesto? ¿La has entrevistado?

Lo miró con cara de pocos amigos.

—¿A ti que te parece? —resopló y se pasó la mano por el pelo—. ¿Habéis seleccionado a alguien más?

Asintió lentamente.

—Después de entrevistar a todas las candidatas, a excepción de la tuya, hemos seleccionado a dos.

Suspiró y se pasó las manos por el

pelo.

—En ese caso supongo que me tocará entrevistar a la tercera.

—Asegúrate, antes de nada, que firme el acuerdo de confidencialidad —sugirió—. Especialmente, dadas las... circunstancias.

—No me jodas, Nolan.

—¿Prefieres que la entreviste yo? Negó con la cabeza.

—Trey la metió en esto, así que me corresponde a mí ver cómo diablos lo resuelvo —resopló enfurruñado—. ¿Sabemos al menos de parte de quién viene? ¿Quién la recomendó?

—Cuando sea su nombre completo, puedo averiguarlo.

Asintió de nuevo. Tendría que

obtener toda la información que pudiese de esa mujer.

—Si al final nos quedamos con ella, la investigaré a fondo.

Lo miró con gesto irónico.

—Tú lo has dicho, si nos la quedamos.

El grandullón suspiró y le dijo lo único que podía en esos momentos.

—Suerte.

Sí, sin duda iba era algo que iba a necesitar.

CAPÍTULO 8

Danielle se despertó de golpe. Miró a su alrededor y empezó a hiperventilar. Estaba desnuda en una cama extraña, olía a sexo y dios, se sentía tan usada y

pegajosa que empezó a sentir náuseas.

Se tapó la boca, saltó al suelo y giró sobre sí misma en búsqueda del baño. Poco a poco los recuerdos de la velada pasada empezaron a despertar su mente y con ella llegó el dolor de estómago y los remordimientos.

Vació el contenido de su estómago en el WC y se tragó las lágrimas que pugnaban por salir.

¿Qué diablos había hecho? ¿Se había acostado con un completo desconocido! Se le había lanzado encima como una gata caliente y... ¡Mierda! Había sido el mejor sexo de su vida, suficiente como para noqueara.

Nunca se había sentido así de saciada, pero eso no evitaba que se

sintiese tan sucia como antaño.

Miró la puerta y empezó a temblar. ¿Estaría todavía allí? Se mordió el labio inferior y corrió a echar el pestillo. Necesitaba salir de allí, pero antes, necesitaba sentirse limpia.

Una ducha rápida y lavarse el pelo hizo que se sintiese mucho mejor, pero lo que no pudo alejar de su mente eran los recuerdos de ese hombre y su inventiva. Respiró profundamente y se envolvió en el albornoz masculino. No pudo evitar excitarse ante su aroma lo que hacía que le preocupase mucho lo que pasaría cuando lo viese.

Se lamió los labios y abrió la puerta, asomó la cabeza y suspiró aliviada al ver que seguía sola. Si bien el

dormitorio estaba vacío, podía escuchar música desde dónde estaba el salón.

—De acuerdo, Dani, tú puedes.

Miró a su alrededor y casi grita al ver su ropa doblada sobre una silla. Incluso sus gafas estaban allí.

Se lamió los labios y voló a vestirse. Necesitaba volver a tener algo más que un albornoz cuando se enfrentase con él.

El concierto para violín la recibió al entrar en el salón. El sonido procedía del equipo de música que había en el mueble de la televisión.

Él estaba sentado de espaldas a ella y el impacto que sufrió al verlo vestido fue tan potente como cuando estaba en cueros. Ajeno a su presencia, se tomó

unos instantes para contemplarle. Había una serenidad en el hombre que no había visto antes, su mirada estaba fija en los papeles que ojeaba y el bolígrafo que agitaba entre dos dedos le daban un aspecto más serio, más profesional.

Un momento, ¿esos papeles? ¡Eran los documentos que había traído preparados para la entrevista!

—Eso es mío.

Las palabras abandonaron sus labios antes de poder contenerlas y lo alertaron de su presencia. Se giró en el asiento y esa conocida mirada azul volvió a quitarle el aliento. Ahora llevaba el pelo atado en una coleta, camisa negra y vaqueros lo que le otorgaba un aspecto muy cercano y accesible.

—Lo sé —respondió, dejó los papeles a un lado y se levantó—. Solo me estaba poniendo al día sobre tus... credenciales.

Se sonrojó, no pudo evitarlo.

—Ya te dije que no me presenté a la entrevista —le recordó, dios, ¿tenía que estar tan jodidamente bueno incluso vestido?—. Y a estas horas, ya tendréis a alguien en mente.

—Sí, la tenemos —replicó mirándola de forma extraña—. Y tú encabezas esa lista.

Abrió la boca y volvió a cerrarla.

—¿Me dirás ahora dónde está la puerta?

La miró, la miraba tan fijamente que la ponía nerviosa.

—En tu informe médico pone que estás en tratamiento psiquiátrico.

Frunció el ceño ante una pregunta que ya había escuchado antes.

—Tomo medicación para controlar mi... enfermedad.

La miró fijamente.

—¿Esquizofrenia?

Abrió mucho los ojos y sacudió la cabeza. ¿Por qué la estaba interrogando de nuevo sobre algo de lo que ya habían hablado?

—Ya te dije que no se trata de nada de eso —hizo un mohín—. No tengo problemas psicológicos.

Estoy todo lo cuerda que puede estar una mujer en mi actual situación.

—¿Tienes alguna adicción?

Entrecerró los ojos. ¿Qué demonios era aquello? ¿El tercer grado?

—Ninguna adicción química.

Ladeó la cabeza.

—¿Por qué me da la sensación de que evades mis preguntas?

Enarcó una ceja y ladeó la cabeza.

—¿Porque me preguntas cosas que ya sabes?

Apretó la mandíbula, pudo notarlo en la forma en que le palpitó una vena en el mentón.

—Ya has firmado el acuerdo de confidencialidad —no era una pregunta, sino una confirmación.

Siguió su mirada hasta dónde reposaban los papeles y luego volvió a él.

—Hice lo que me pediste —repuso un poco irritada—. Sé que no puedo divulgar nada de lo que pasa o ha pasado aquí. Por otro lado, no estoy tan loca como para hacerlo.

La recorrió con la mirada y sintió la necesidad de ponerse firme.

—¿Qué hablamos exactamente?

¿Le estaba tomando el pelo? Él...

Espera, ¿de verdad no lo recordaba? Lo miró bien y recordó parte de la conversación que había mantenido entre polvo y polvo con Trey.

«Tengo lo que comúnmente se conoce como desdoblamiento de personalidad. En esta encarnación, soy Trey. En la otra, un aburrido violinista llamado Garret Davis».

Sabía lo que era, lo había visto en una de sus compañeras de terapia en grupo. Al principio había pensado de que les estaban tomando el pelo, que eran gemelas y que se intercambiaban, pero eso dejó de ser una posibilidad cuando presencié una pelea de la mujer consigo misma, hablando como si fuese dos personas distintas.

—Eres...

—Garret Davis —se presentó—, y tú, Danielle Narow.

Se sintió incluso más avergonzada que antes, se llevó la mano al estómago y contuvo la respiración.

—¿Estás bien?

Sacudió la cabeza.

—Creo que necesito vomitar.

Le señaló una puerta y corrió hacia ella, encontrándose con un nuevo aseo. Se precipitó sobre el WC y vomitó por segunda vez ese día.

—¿Necesitas alguna cosa?

Que borrarse ese maldito día de su vida.

—No —negó limpiándose la boca.

—¿Seguro que estás bien?

Asintió, ¿qué podía decir? Ni siquiera debería haber ido allí, a ese lugar. Mierda, mierda, mierda.

Ambos guardaron silencio durante un rato, entonces empezó a hablar.

—Necesito saber si tomas drogas.

Lo fulminó con la mirada.

—No —fue cortante—. Estoy limpia.

No se inmutó ante su tono.

—¿Alguna adicción grave?

¿Se considera grave la adicción al sexo?

—Solo tomo las pastillas que me ha recetado mi terapeuta —declaró mirándolo—. No soy contagiosa ni tengo brotes psicóticos.

La miró de soslayo y siguió tomando apuntes o marcando cosas en los papeles.

—¿Qué tal se te da la ofimática?

¿Qué demonios era eso? ¿Una entrevista?

—La domino —replicó sin saber si mandarle a la mierda o seguirle la corriente.

—¿Idiomas?

Lo miró.

—¿Además de lo obvio?

Para su sorpresa él pareció

incómodo con su respuesta, pero no se cortó y siguió con su propio plan.

—El horario es el de oficina. De lunes a viernes. Los socios rotamos cada día en la compañía, ya que tenemos ocupaciones aparte de la empresa —comenzó a enumerle—. Los fines de semana suelen ser rotativos.

Se miraron y él prosiguió.

—Busco... buscamos alguien que se encargase del papeleo, del teléfono y de las agendas de la compañía y, en mi caso, de la personal.

—¿Cómo de personal?

—Soy violinista —le informó—.

Suelo viajar bastante y dar conciertos. Necesito alguien que me asista durante los viajes y las giras.

Y eso era sin duda trabajo a tiempo completo.

—Ya has conocido a Trey —le soltó entonces—, y conoces sus necesidades.

Tragó y se ruborizó.

—Yo no...

Levantó la mano, deteniéndola.

—¿Estarías disponible para... él?

Aquello la sorprendió.

—¿Perdona?

—Sexo, Danielle, algo que ya has probado con... él —sus palabras sonaron un poco acusadoras

—. Necesito saber si puedes encargarte de ello... en caso de darse...

el momento.

Parpadeó intentando que no se le cayese la mandíbula al suelo.

—¿Me estás preguntando si me acostaría de nuevo contigo?

—Con él.

Y esa era toda una declaración de intenciones que su cuerpo aplaudía por repetir mientras que su cerebro gritaba que no. Ni loca.

—Has dicho que sois... cinco socios.

Necesitaba juntar toda la información.

—Así es.

Entrecerró los ojos sobre él.

—¿Todos ofrecerán lo mismo que tú?

Sonrió de soslayo y en esa sonrisa vio al hombre con el que había pasado las últimas horas entre las sábanas.

—El hecho de que estés aquí, que este anuncio haya llegado a tus manos, obedece a algo muy concreto y exclusivo —la informó—. Si solo necesitase una secretaria recurriría a una agencia de colocación.

—Lo preguntaré de otra forma, ¿necesitáis una secretaria o una puta?

La acusación fue abierta y él la recibió como tal.

—¿Qué sabes de la compañía *Crossroad*?

Optó por ignorar su previa pregunta y responderle con otra.

—No gran cosa, lo cual también me

preocupa.

—Somos una compañía especializada en el bienestar personal —le dijo—. Nuestro cometido es ayudar a la gente a superar sus momentos bajos y ofrecerles una salida. Tenemos un trato personalizado, por lo que no aceptamos más de un cliente por socio y semana. Disponemos de asociaciones con clínicas, resorts y grupos de apoyo.

Y aquello encajaba con lo que había dejado caer Lena después de presionarla un poco.

—Nos tomamos nuestro cometido muy en serio —continuó—, así que, si no estás dispuesta a colaborar, dímelo ahora y pasaré a la siguiente candidata.

No pudo evitar hacer un mohín ante

su tono y la frialdad con la que exponía los hechos frente a la forma en la que se había comportado antes.

—Necesito una respuesta ya, tengo papeleo pendiente y un concierto el próximo fin de semana que...

Levantó la mano para frenar su diatriba e intercaló una pregunta.

—¿Qué pasó con la anterior secretaria?

La miró a los ojos.

—Se fue —declaró sin más—. No fue capaz de comprometerse.

Ladeó la cabeza y le sostuvo la mirada. Si le habían puesto las mismas condiciones que ahora le presentaba a ella, no le sorprendía lo más mínimo.

—Entonces, la oferta laboral

incluye... ese inusual extra.

Dejó los papeles a un lado y optó por hablar de manera más directa y personal.

—Te mereces absoluta sinceridad al respecto, dado tu inusual... ingreso en la compañía.

Señaló las puertas de metal.

—La culpa fue del ascensor.

Él sonrió de soslayo.

—Sí o no, señorita Narrow.

Ahí estaba, la decisión final.

—No creo que pueda aceptar...

—¿Por qué?

La respuesta fue tan brusca que la sorprendió.

—Porque va en contra de mi... salud.

Su mirada se hizo más intensa.

—No dejaré que te niegues.

El cambio de actitud fue inmediato y, al mismo tiempo ni siquiera se movió.

—Y no lo harás, Dani, porque no quieres hacerlo. Quieres más.

La miró a los ojos y se estremeció, su cuerpo acusó esa mirada, ese profundo y directo tono de voz.

—Te incorporarás mañana a las ocho —le informó al tiempo que volvía sobre los papeles y extraía un par que no había visto—, y cada viernes que vengas a trabajar, lo harás sin bragas.

—¿Qué? Has perdido la cabeza por completo, yo no...

—Lo harás —la interrumpió—. Y se lo dirás al buenazo de Garret. Te

inclinará sobre él, le susurrará al oído y le dirás que no llevas ropa interior — replicó cada uno de los pasos—. Se merece sufrir un poco por capullo.

No podía dejar de mirarle, se le aceleraba la respiración y se le humedecían las bragas.

—Sí, esa es la mirada que me gusta ver en tu rostro —sonrió de soslayo, levantó el papel y le tendió un bolígrafo—. Firma, Dani y te daré de nuevo lo que sé que deseas.

Le temblaba la mano, cogió el bolígrafo y, hizo lo más estúpido que podía hacer; firmó. Al volver a levantar la mirada se encontró de nuevo con sus ojos, su mirada era un poco ausente, pero se recompuso al instante.

Trastorno de identidad disociativa.
Mierda, de verdad ese tío tenía doble personalidad y una era jodidamente intensa.

—Bien, creo que tu respuesta es clara —comentó mirando su firma y recuperando el bolígrafo.

No podía dejar de mirarle, esa dualidad era fascinante.

—Empezarás mañana —lo miró a los ojos—, ¿será posible?

Asintió casi por inercia.

—Sí, creo que puedo arreglármelas.

—Bien —aceptó y se movió—. Si me acompañas, te enseñaré cómo funciona el ascensor. Te daré un duplicado para cuando necesite que subas. Hoy es jueves, así que conocerás

a Nolan, otro de los socios y, por ende, uno de tus nuevos jefes.

Dicho eso, la guio hasta la puerta y la abrió.

—Bienvenida oficialmente a la compañía *Crossroad*, Danielle.

Sí, sin duda había tenido una bienvenida por todo lo alto.

CAPÍTULO 9

—Así que ya tenemos secretaria, ¿crees que durará?

—Es posible —contestó Nolan recordando la presentación que Garret le había hecho la semana pasada—. Lo más difícil lo ha pasado y... sin presentarse a la entrevista.

Mich levantó la mirada de los

papeles y enarcó una ceja.

—¿Cómo?

—Digamos que se me coló en el ascensor privado y terminó teniendo un *têt a têt* con Trey.

—¿Y salió entera?

—Sí. Y con el contrato de empleo firmado.

Silbó por lo bajo.

—Vaya, eso sí que son novedades.

—No te haces una idea.

—¿Y cómo es? ¿Estará a salvo de Brian?

—Es... una secretaria —se encogió de hombros—. Viste de manera conservadora, usa gafas, lleva el pelo recogido... Se comporta con moderada educación y profesionalidad. Lleva una

semana y por ahora no he escuchado quejas al respecto.

Posó la carpeta que traía consigo sobre la mesa.

—Con todo, quiero sabes que hay más allá de la poca información que nos ha facilitado —expuso

—. Su información personal es incompleta, especialmente la parte médica. Garret la interrogó, pero ella se le fue por las ramas aludiendo que «eso» ya se lo había dicho... a Trey.

Cogió los papeles y los ojeó.

—¿Qué no ha quedado claro?

—Ha admitido que está bajo tratamiento psiquiátrico, pero no lo ha especificado.

Levantó la cabeza y lo miró.

—¿Depresión?

—Podría ser, pero no me dio esa sensación —negó y se frotó el mentón—. Es como si ocultase algo, un secreto que no quiere compartir.

—Y eso hace precisamente que queramos saber qué es lo que oculta.

Asintió.

—Esperaba que pudieses hacer tu magia y descubrir quién es su médico y qué esconde.

El abogado tenía entre sus habilidades, una interesante pasión por la informática y el hackeo.

Toda una contradicción que un servidor de la ley la quebrantase en ocasiones con tanta alegría.

—¿Quién la recomendó? —preguntó

volviendo a revisar los papeles.

—Lena York.

Conocía a la mujer personalmente. Había sido él quien se había encargado de su entrada en la *Crossroad* y de reconducir a esa perdida mujer por el camino correcto. Lena era una dama encantadora, había pasado por un bache bastante profundo, pero fue lo suficiente fuerte para superarlo y seguir adelante con su vida. El que hubiese recomendado a la nueva secretaria, solo podía indicar que realmente creía que sería útil.

—¿Alguna cosa más a tener en cuenta?

Negó con la cabeza.

—Esta semana he tenido la

oportunidad de trabajar con ella en la empresa y, es realmente eficiente, aunque tiene una boquita que... uf — aceptó con cierta diversión—. Tiene sus propias ideas,

de eso no me cabe la menor duda y sabe como exponerlas.

—Entonces, ¿la única duda que tenemos sobre ella y su puesto como nueva secretaria, es que tiene algún pequeño y sucio secreto que no quiere que se sepa?

Se encogió de hombros.

—Me intriga, eso es todo.

No creía que fuese peligrosa, si había sobrevivido a la presencia de Trey, tenía que ser una mujer con un par de ovarios enormes y la paciencia de

una santa. Especialmente porque no le había arrancado la cabeza a Garret después y se tomó bastante bien el hecho de que tenga un TID.

—Quiero saber que oculta, solo por seguridad —insistió. Era algo que le había prometido a Garret, especialmente después de la inusual contratación de la nueva secretaria.

—Pues pongámonos a la obra e investiguemos —canturreó el abogado, tecleó un par de comandos en el ordenador y empezó a buscar—. Veamos quién es realmente Danielle Narrow.

Dani ya se estaba arrepintiendo de haber aceptado el puesto de trabajo. ¿Cinco jefes? Apenas sí podía con uno.

La semana pasada había tenido la oportunidad de conocer a tres de ellos, si bien, con quién había trabajado realmente había sido con Nolan Every. Curiosamente era la montaña con la que había chocado en el ascensor, un hombre educado y agradable en la medida de lo que había hablado con él, sin duda, todo lo contrario que Garret Davis con quién llevaba lidiando toda la mañana.

Los entresijos de la empresa todavía le resultaban extraños, apenas estaba empezando a familiarizarse con el papeleo y los recursos, pero todo encajaba perfectamente en la visión que le habían dado de la compañía. No sucedía así con su jefe de los viernes. Garret, como había pedido que le

llamase, era un hombre de aspecto sosegado y modales directos, se mantenía en todo momento en esa eterna línea profesional que no podía evitar contrastar con lo otro que había visto de él. Parecía una persona totalmente distinta.

Leah había estado encantada con la noticia de que le hubiesen dado el trabajo. Por supuesto, ella ignoraba la verdadera forma en la que lo había adquirido y pensaba guardarlo en secreto eternamente.

Sacudió la cabeza y continuó clasificando papeles. Tenía que terminar con los pendientes y continuar con la agenda personal que le había dejado el capullo sobre la mesa desde el minuto

uno.

Era violinista, y no un músico de segunda a jugar por lo que había estado investigando a través de la red. Tenía una sensibilidad y pasión a la hora de tocar que la dejó conmocionada y pegada a la pantalla del ordenador. No entendía gran cosa de música de cámara, pero si se le había erizado el vello ante una actuación grabada, no quería ni imaginarse lo que sería verlo en directo.

Ese mismo viernes tenía un concierto, un recital cuya recaudación iba destinada a un hospital para niños que investigaba sobre enfermedades raras. Esa era la vena solidaria que no le conocía, una que contrastaba estrepitosamente con el hombre con el

que había compartido varias horas de cama. Pero entonces, ese hombre no era el mismo.

Trastorno de Identidad Disociativo, así se llamaba la enfermedad que padecía su nuevo jefe. Al llegar a casa había buscado información sobre ello y ahora estaba, si cabía, más confundida. Dos personalidades tan dispares en un único individuo. Si no lo hubiese presenciado por sí misma la semana anterior, habría pensado que no era más que una falacia destinada a tomarle el pelo.

No podía dejar de pensar en el episodio que presencié ese día. En un momento era Garret Davis, su actual jefe y en el espacio de un

parpadeo, Trey había cogido el mando. Lo había notado al momento en el cambio de voz, en la intensidad de sus palabras y en la forma en la que se apropiaba de su voluntad, dominándola con su presencia solo para volver a encontrarse de nuevo con su primera personalidad, la real, como si nada.

Apretó los muslos. No le había obedecido, llevaba ropa interior y pensaba conservarla puesta todo el jodido día. Lo de esa tarde había sido una brecha en su resolución, un momento de debilidad que había sacado a la luz una parte de sí misma que necesitaba mantener a raya. No. No seguiría sus directrices y, sobre todo, no repetiría lo de ayer.

Sabía lo que había firmado y bajo qué condiciones, pero no podía darse el lujo de perderse otra vez de esa manera.

Continuó con la clasificación deteniéndose únicamente para atender el teléfono. Concertó citas para toda la semana, respondió a recados y pasó la mañana completando algunas tareas que habían quedado a medias por la deserción de la antigua secretaria.

—Danielle, necesito que se recojas mi traje en la tintorería y que encargues un par de cuerdas para violín en «Tribeca» —le informó saliendo de su despacho—. Diles que son para mí y que las necesito aquí antes de las dos.

Asintió y anotó los recados para ponerse a ello.

—Esta tarde tengo que estar en el auditorio a las siete, el concierto empieza a las ocho —continuó volviéndose ya para entrar de nuevo en su oficina—. Vestido de cóctel y zapatos de tacón, por favor.

Procura estar lista a las seis. Sube directamente en el ascensor, ya tienes la llave.

Se quedó con el bolígrafo en la mano y cara de póker.

—¿Perdón?

Él se detuvo y echó la cabeza hacia atrás, para mirarla.

—Concierto a las 8. Tú me acompañarás. De coctel.

Abrió la boca, pero no le dio paso a decir ni una sola palabra.

—Eres mi asistente, ¿recuerdas?

Sí, aquello era algo que le había dejado claro el primer día, un requisito que incluía otro tipo de acompañamiento con el que hoy no estaba tan conforme.

En realidad, acompañarlo a los eventos no le suponía ningún problema, puesto que ya lo había hecho anteriormente y, en esta ocasión lo hacía además como su jefe, era la parte no convencional de dicho contrato laboral el que le suponía un camino directo al infierno.

—Si necesitas tiempo para prepararte, salir de compras o lo que sea, coge una hora más en la comida y hazlo —le soltó con esa seguridad que hacía que le rechinasen los dientes—. A

las seis en punto te quiero esperando ya en mi salón.

Dicho eso volvió a desaparecer cerrando la puerta tras de sí sin darle oportunidad siquiera a protestar.

—Estupendo —resopló—, sencillamente, estupendo.

CAPÍTULO 10

Había momentos en los que no sabía si era él o era Trey el que hablaba por su boca a pesar de estar consciente de su propia personalidad. Llevaba toda la mañana intentando mantenerse distante, ver a esa mujer como su secretaria y no como la inesperada compañera de juegos de su alter ego. La empresa era de todo menos fácil, esa mujer lo

encendía con su presencia y lo encendía a él, no a su otro yo. Su presencia y ese puntilloso atuendo de maestra de escuela lo sacaba de quicio y había tenido que cerrar la puerta de la oficina por dentro para evitar sucumbir a una malsana tentación que podía traer consigo a su maldito alter ego.

—Nada de tirarse a la secretaria — se recordó. Tenía que grabárselo a fuego y mantener la polla dentro de los pantalones, al menos mientras que estuviese en la empresa.

«¿Y podrás hacerlo, santurrón? ¿Podrás negarte a degustar un aperitivo como ella?».

Se presionó las sienes y se impuso a su alter ego. Respiró profundamente y se

tomó unos momentos para recomponerse. Necesitaba tener sus cinco sentidos el día de hoy, no podía permitirse perderse con el concierto a las puertas.

Rodeó su escritorio y ocupó su lugar, se obligó a concentrarse, a pensar en otras cosas y pareció tener éxito hasta que sonó el teléfono.

—Davis —respondió.

—Garret, soy Nolan —se presentó el contratista—. Estoy con Mich en su despacho y acabamos de hacer un... er... curioso descubrimiento sobre tu nueva secretaria.

Suspiró. Sabía que Nolan iba a investigarla, era algo común y dedicado a mantener la seguridad y el

funcionamiento de la compañía.

—¿Tiene algún esqueleto en el armario del que debemos preocuparnos?

—No, nada de esqueletos — comentó—, aunque hay algunas cosas que sería bueno que tratásemos.

Frunció el ceño.

—Dime que no he empleado a una peligrosa loca.

—No, no hay nada de eso —aceptó—. Nuestra nueva secretaria está tan cuerda cómo podemos estarlo nosotros.

—¿Entonces?

—Al parecer oculta algunas cosas interesantes.

—¿Cuáles?

—Ha trabajado como *escort*, ha estado metida en las drogas aunque lleva

limpia casi dos años y asiste regularmente a charlas de terapia.

Él mejor que nadie sabía lo que era meter la pata y seguir el camino equivocado, si ahora estaba limpia y se mantenía así, además de hacer su trabajo como hasta ahora, no la echaría.

—¿Está tomando medicación para eso?

—Nop —añadió ahora Mich—. La medicación es para controlar otra adicción.

Frunció el ceño. Eso era de lo que se había negado a hablar, aludiendo a que ya se lo había dicho a Trey.

—¿Cuál?

—Bueno, eso es lo inusual —continuó Nolan—. Su enfermedad, er...

adición no es... frecuente.

Resopló.

—Suéltalo ya.

—Sufre de hipersexualidad.

—¿Qué?

—Es una ninfómana —concluyó

Mich—. Una adicta al sexo y lleva casi dos años en tratamiento.

El edificio era más grande de lo que había imaginado, el área de las oficinas era inmensa y cada uno de los socios tenía su propio despacho. Había recorrido el pasillo para dejar en cada oficina la correspondencia que había quedado por clasificar, estaba aclaro que la anterior secretaria se había marchado en medio del trabajo sin tener

ninguna otra cosa mejor que hacer.

Ya solo le quedaban un par de sobres para su jefe de hoy. Garret se había encerrado en su oficina tras darle las instrucciones pertinentes para la tarea del día y no había vuelto a abandonar su oficina.

Ni siquiera estaba segura de si habría salido a comer.

Miró su mesa y chasqueó la lengua, había terminado de organizar todo el papeleo, tramitando algunos pedidos, liquidando cuentas e incluso se había dejado los ojos intentando organizar su agenda para todo el mes.

Recogió el material y llamó suavemente a la puerta para devolvérselo.

—Adelante.

Empujó lentamente y entró. Su jefe estaba apoyado en el escritorio, ojeando una revista que no llegó a apreciar antes de que la mirase y sonriese.

—Ah, Dani, ¿qué me traes?

Dani. El diminutivo de su nombre y el tono distendido en el que lo pronunció le evocó un escalofrío.

—La agenda con todas las citas que tienes pendiente para este mes.

Extendió la mano esperando a que ella avanzase y le entregase el material.

—Sabía que serías una secretaria muy eficiente.

Echó un fugaz vistazo a la puerta y luego a él. Se lamió los labios y avanzó.

Cogió la agenda y la ojeó. Dejó el

apoyo y empezó a moverse por la oficina, rondándola.

—Um... dos conciertos para este mes, pero se ha desentendido de las clases del conservatorio. —

chasqueó la lengua—. Bueno, al menos podré divertirme en las fiestas.

Oyó como se cerraba la puerta y no pudo evitar dar un respingo. Se giró hacia él y vio como cerraba la agenda para luego recorrerla con la mirada. Su forma de acecharla, la manera en que dejaba caer los párpados, ese brillo en sus ojos... su sexo palpitó de interés.

—¿Has venido sin bragas tal y cómo te indiqué? —preguntó caminando hacia ella—. ¿Le has susurrado al oído a Garret que estabas desnuda debajo de la

falda?

Tragó, fue incapaz de hacer otra cosa, él la hipnotizaba, la manera en que la miraba la calentaba y la hacía salivar.

—Tienes cara de culpable —le dijo rodeándola sin llegar a tocarla—. ¿Me has desobedecido?

Tragó.

—No era una petición razonable.

La miró a los ojos, levantó la mano y deslizó el dedo sobre su mejilla.

—Oh, es que no era una petición, Dani, era una orden.

Se sintió empujada, trastabilló y terminó contra el escritorio, sin aliento y con el impresionante cuerpo masculino contra ella. Notó su erección restregándose contra su culo, dura, firme

y sus pechos se hincharon en respuesta al deseo, los pezones se le endurecieron al momento.

—Cuando digo que te quiero sin bragas —declaró subiendo las manos por debajo de la falda—, es sin bragas.

Enganchó la breve tela y empezó a tirar de ella hacia abajo dejando su sexo expuesto, al aire y desnuda, tan caliente que no podía evitar sentir como se derretía y humedecía.

—Sin nada entre tu sexo y mis manos.

La acarició íntimamente haciéndola jadear.

—Trey... no...

—Voy a follarte —le mordió la

oreja—, y cuando lo haga dejaré que sigas con tu aburrido trabajo sin bragas.

CAPÍTULO 11

No podía librarse de él, después de ese primer encuentro no había podido quitárselo de la cabeza o peor aún, de su cuerpo. Su hambre despertó con la misma intensidad que veía en sus ojos, no protestó cuando le sujetó la barbilla con los dedos y le acarició los labios, penetrándola con la lengua y haciéndola gemir.

Jugó con su lengua, le devolvió los besos y se aferró a él como si aquello estuviese bien, como si el entregarse a ese hombre en una oficina en la que pudiese entrar cualquiera fuese lo

correcto. Se apretó contra su pecho, presionando los senos y notando las puntas de sus pezones ya endurecidas bajo el sujetador y la blusa. La dura erección que contenían sus pantalones se rozaba contra su vientre mientras le apretaba las nalgas y la empujaba contra él haciéndola partícipe de su propia excitación.

—No... no eres bueno para mí...
Él se rio.

—No pretendo serlo, ricura —le aseguró rotundo—, solo pretendo meterme entre tus piernas y follarte. Me muevo por impulsos, unos que tú compartes.

Dejó caer la cabeza hacia atrás cuando abandonó sus labios y empezó a

bajar por su cuello, lamiéndole la piel.

—No es verdad.

Su respuesta fue morderla, allí, justo en ese punto que la derretía y la convertía en gelatina. La lamió, chupó y acarició hasta que terminó lloriqueando de ardiente necesidad.

—Deja de protestar y disfruta —le dijo, aferrando sus caderas y empujando su erección contra ella en una imitación de lo que quería hacerle.

Volvió a besarla, un beso profundo, rápido que precedió a otro más erótico en una región inferior. De rodillas ante ella le levantó la falda y empezó a besar su estómago, su pubis para finalmente encontrar su sexo.

—Llegas justo a tiempo para el

almuerzo —le guiñó el ojo—. Te sugeriría que, si vas a ponerte a gritar, te cubras la boca... a menos que te excite tener audiencia.

Le acarició el tobillo y lo rodeó con los dedos, levantándole la pierna y echándosela sobre el hombro. De no tener detrás la mesa del escritorio, se habría caído.

—Trey no...

Su cálido aliento contra su húmedo sexo acalló toda protesta. Bajó la cabeza y presionó la boca contra sus pliegues, mordiéndola, lamiéndola, entrando en ella para luego trasladarse un poco más arriba y acariciarle el clítoris, succionando el pequeño y duro brote con glotonería.

Tuvo que llevarse la mano a la boca para ahogar sus propios gemidos, apoyó el culo contra la mesa y se arqueó, dejando caer la cabeza hacia atrás mientras ese hombre se daba un festín entre sus piernas. Pero era incapaz de dejar de mirar, quería verle allí, probándola, comiéndosela, viendo ahora como empujaba dos dedos en su apretada funda y bombeaba en su interior. Su húmedo y cremoso sexo lo apretaba con fuerza, succionaba sus dedos mientras los movía y atormentaba su clítoris conduciéndola al primer orgasmo que ya empezaba a asomar.

—Eres deliciosa —le escuchó murmurar contra su sexo—, tu sabor es adictivo. Tanto que no creo que me

cansaré nunca de beber de ti.

Sus palabras la dejaron floja, excitándola aún más. Tuvo que luchar con sus propios gemidos ahogados tras una inestable mano, ese hombre la estaba volviendo loca, no sabía qué poder poseía, pero era capaz de tenerla desnuda y de rodillas con solo chasquear los dedos.

—Trey —gimió a través de su mano.

La lamió de nuevo, empujó la lengua dentro de ella y le acarició el clítoris.

—Córrete, quiero beberte entera.

Era una orden, un mandato que su cuerpo decidió acatar al instante. Tembló, estremeciéndose bajo esa lengua que no dejaba de atormentarla, lamiéndola, recogiendo sus jugos y

disfrutando de ellos, fue incapaz de contener el impulso de sus caderas montando esos dedos que bombeaban en su interior volviéndola loca. Sucumbió, se dejó ir y apretó los labios intentando contener el grito que traía consigo el orgasmo.

—Um... todavía tengo hambre —gruñó él arrancándose de entre sus piernas para tomar ahora su boca. Se probó en sus labios, en su lengua y gimió ante la cadenciosa oscuridad del gesto. Sí, ella también quería más, necesitaba más, si la dejaba así enloquecería.

—Más, por favor... más —rogó, odiándose a sí misma por ser tan débil.

Una solitaria lágrima se escurrió por

su mejilla, una que fue bebida al momento por ese insaciable hombre que la devoraba con la mirada.

—¿Más, nena?

Asintió, sus ojos encontrándose con los suyos llenos de vergüenza, culpabilidad.

—Dani, Dani, Dani —canturreó su nombre, le ahuecó la cara y la besó en los labios—. Lo que tú quieres, es lo que yo deseo. No te avergüences de darme lo que quiero. Esto... —la acarició entre las piernas haciéndola respingar—, esto es lo que deseo, lo que quiero de ti. Me haces sentir fuerte, poderoso y más yo mismo que nunca. Nunca me lo niegues, nunca te avergüences de ello, nena, yo no lo

hago.

La besó de nuevo, empujó la lengua en su boca y le devoró los labios. La chupó, la lamió y se dio un festín con su sabor, apretando su cuerpo, moldeándolo con las manos, mostrándole en hechos lo que decían sus palabras.

Se apretó contra él, le rodeó con los brazos y se restregó contra su cuerpo, movió sus piernas para enlazarlas alrededor de la cintura. Podía sentir su sexo cubierto por la tela del pantalón empapándose ahora por los jugos de su desnudo coño. El roce era excitante, enloquecedor y hacía que le quisiese en su interior, follándola allí, sobre la mesa, dónde cualquier podría

encontrarles.

—Quiero más —susurró en voz baja, buscó sus ojos y se lamió los labios—. Te quiero dentro.

Por favor.

Esos labios empezaron a curvarse en una sonrisa que conocía íntimamente, por primera vez empezó a ver las sutiles diferencias entre Garret y él; dos personalidades conviviendo en un mismo cuerpo. Diablos, tendría que sentirse como una auténtica zorra por hacerle esto a su jefe, por permitir que esto ocurriese, pero, por otra parte, ¿no era exactamente por esto por el que la había querido a ella?

—¿En qué estás pensando? —
entrecerró los ojos—. Desde luego, no

en mi polla enterrada en tu coñito.

Se lamió los labios y sacudió la cabeza. No quería hablar de ello, no quería decirlo en voz alta y, sobre todo, no quería decírselo a él.

—Cuando la pongas dónde debes, entonces pensaré en ella.

Se rio, un sonido profundo erótico que la encendió al momento haciendo que sus caderas se moviesen por si solas.

—Hablas demasiado —sentenció él —, y cuando no necesitas hacerlo. No tengo preservativo a mano, ¿has estado con alguien más?

Sacudió la cabeza.

—¿Puedo fiarme de ti?

Resopló.

—Tú has visto mis pruebas, ¿qué hay de las tuyas?

Le mordió la oreja.

—Ese santurrón se hace pruebas todos los meses, está limpio como una patena —replicó—, así que...

Le separó los muslos y dejó que se acomodase entre sus caderas, la punta de su polla conduciéndose tan profunda y fuerte que no sabía cómo no había saltado de la mesa.

—Trey... —jadeó incapaz de contener su nombre.

Él salió solo para volver a entrar de nuevo en ella, firme, duro.

—No es suficiente —le escuchó mascullar.

—¿Qué...?

La blusa se abrió de golpe, los botones salieron volando y le levantó el sujetador por encima de los pechos, dejándoselos expuestos, el aire acariciando unos pezones que pronto conocieron la humedad de su boca.

Le aferró el pelo, echó la cabeza atrás y gimió. Ya no le importaba que la escuchasen, su mente estaba muy lejos de la cordura y nada ni nadie podría recuperarla. Sintió la succión, los pequeños mordiscos, así como su sexo clavándose profundamente en su interior, robándole la cordura y el aliento. Bombeaba en ella con fuerza, sin piedad, llevándose por delante todo lo que había en la mesa, haciendo que se clavase en la espalda el material de

oficina, pero no le importaba.

Aquello era lo que quería, esa intensidad, esa crudeza, la necesita para saciar ese monstruo que vivía en su interior, esa locura que la volvía loca y la convertía en una adicta al sexo.

El eje grueso de su pene la estiraba de un modo que adoraba, sus embates la marcaban de una manera que ningún otro hombre había hecho. Por extraño que pareciera, cuando él acababa con ella no sentía la necesidad de salir por la puerta para seguir follando, lo cual era todo un cambio a cómo había sido generalmente. Quizá, eso era lo que la llevaba a permitirse estos interludios, lo que hacía que siguiese cayendo en sus manos con una facilidad pasmosa.

Se cernió sobre ella, la tumbó sobre la mesa y la montó con fuerza mientras se amamantaba de sus pechos. Sus manos se deslizaron debajo de ella, aferrándola de los hombros para sostenerla e incursionar incluso más en su interior con tal furor que la dejó sin respiración.

—Sí... dios... sí...

Quería eso, quería esa intensidad, esa necesidad salvaje y él estaba tan dispuesta a dársela como ella de recibirla.

—Trey...

Le mordió un pezón con fuerza haciéndola gemir, luego se lo lamió y salió de ella por completo.

No había recuperado siquiera el

aliento para protestar cuando se sintió
izada, sus pies tocaron el suelo un
segundo antes de que sus ojos se
encontraran, le comiese la boca con un
fuerte y rudo beso y la girara ahora de
cara a la mesa.

—Agárrate al borde del escritorio
—le susurró al oído un segundo antes de
empujarla hacia delante, levantarle la
falda hasta la cintura y volver a
penetrarla desde atrás con la fuerza
suficiente como para que sus pechos se
frotasen contra la madera.

Arqueó la espalda solo para notar su
mano envolviéndose en su pelo y
empujarla hacia abajo. La utilizó a
placer, se hundió en ella con fuerza y
rapidez, no fue suave, pero tampoco

quería que lo fuese. Necesitaba esa dureza, en esos momentos solo quería el alivio que ese capullo podía darle y no esperó encontrar otra cosa en sus toscos modales.

—La próxima vez que vengas a trabajar —le susurró entonces al oído —, quiero que vengas sin bragas y traigas en el bolso un dildo. Quiero follarte el culo mientras tú te introduces una polla de goma en el lugar que ahora ocupa la mía.

Sus palabras la hicieron estremecer, su vientre se calentó y notó como su sexo se humedecía más.

—O quizá deje que uno de tus otros jefes te folle mientras te monto — ronroneó mientras jugaba ahora con uno

de sus dedos acariciándole el otro orificio—. Um. Nop. Soy demasiado egoísta, tú eres solo para mí... y para el santurrón de Garret.

Su admisión la sobresaltó.

—Oh, sí —se rio en su oído—, ese idiota te codicia, pero no es lo suficiente valiente para reclamarte, así que, me deja a mí el placer de hacerlo.

Dicho eso se concentró en esa placentera tarea volviéndola loca, arrancando cualquier pensamiento coherente de su mente y lanzándola finalmente a un nuevo y agónico orgasmo que la dejó temblado.

—Um... creo que hemos convertido el despacho en un campo de minas —le escuchó murmurar.

No sabía cómo lo hacía, la manera en que se reponía y volvía a ser el capullo arrogante de siempre la descolocaba. Se incorporó a duras penas, notando como las piernas le temblaban y lo vio arreglarse la ropa sin mayor esfuerzo.

Intentó hacer lo mismo, se bajó la falda, se colocó el sujetador y miró sin saber muy bien qué hacer con la blusa.

—Me has jodido la blusa —comentó poniendo en voz alta sus pensamientos.

Él se giró, la miró y sonrió satisfecho.

—Cómprate una nueva y cárgala a cuenta de la compañía —le sugirió. Entonces caminó hacia ella y, para su sorpresa, empezó a peinarle el pelo con

los dedos—. Me encanta esa expresión que tienes recién follada.

Dio un paso atrás, alejándose de él. Roto el hechizo sexual, su presencia volvía a cabrearla casi tanto como la excitaba.

—Vete a la...

—No —la silenció poniendo un dedo sobre sus labios. Entonces levantó sus bragas y las balanceó en uno de sus dedos—. Y a partir de ahora, recuerda venir a trabajar sin esto.

Intentó recuperarlas, él no se lo permitió, las alejó de su alcance y tomó de nuevo su boca, besándola con dureza al principio y saboreándola una vez se rindió a su sabor.

Garret respiró en su boca, ese cuerpo suave y cálido pegado al suyo, un aroma inesperado a la par que conocido atacó sus fosas nasales. Abrió los ojos y allí estaba ella, como si sus más íntimos deseos se hubiesen hecho realidad.

—¿Danielle?

La pregunta abandonó sus labios incluso antes de poder contenerla. Era ella y estaba increíble con el rostro sonrojado, los labios hinchados y esos bonitos ojos claros oscurecidos por el deseo.

Parpadeó, la tenía tan cerca, olía tan bien y esos labios... no pudo resistirse a la tentación y probó esa boca una vez más.

La besó con suavidad, degustándola, saboreando esa dulzura que había notado antes para luego apartarse de nuevo. Sus miradas se encontraron, esos bonitos ojos mostraban ahora confusión y sorpresa, pero fue durante un breve instante, ya que la vergüenza y el dolor, aparecieron al momento;

dos emociones que conocía perfectamente.

—Perdón, yo no... —sacudió la cabeza y se apartó dándose cuenta de que no tenía la menor idea de qué hacía ella allí, de porqué estaba en su oficina —. Mierda.

Se sonrojó a su vez, dio un paso atrás, confundida y avergonzada. El estado de su ropa, el revuelo sobre su

mesa, cosas tiradas por el suelo...

—Danielle...

Sus palabras hicieron que levantase la mirada y se sintió tan avergonzado como ella por lo que acababa de hacer. Trey había estado allí, con ella y él...

—Jefe, lo siento, yo...

No quería escuchar nada, no quería sus disculpas, ni siquiera la quería allí, no ahora.

—No hay nada que...

Sus palabras se vieron interrumpidas por unos golpes en la puerta y la consiguiente llamada.

—Ey, Garret, ¿estás ahí? —se escuchó.

Maldijo en voz baja, miró a su secretaria de soslayo y le indicó con un

gesto de barbilla.

—Arréglate la blusa.

Su sonrojo aumentó, la vergüenza se hizo más acuciante y terminó cerrándose la chaqueta de modo que no se viese el destrozo.

—Jefe, yo...

—Garret, Danielle —la corrigió con sequedad—. Los formalismos están de más a la luz de los acontecimientos.

Abre la puerta, por favor. Veamos que necesita Brian para haberse dejado caer por aquí hoy. Creo que todavía no le conoces, ha cambiado el turno con Nolan esta semana para hacerse cargo del fin de semana.

La vio suspirar y señaló con la barbilla.

—Quizá quieras guardar antes eso.

Siguió su mirada y se quedó atónito al ver que sostenía una pieza de lencería; unas braguitas.

—¿Gar? ¿Estás ahí dentro, tío?

Miró la prenda y a ella quién parecía entre divertida y avergonzada.

Sacudió la cabeza y se metió la prenda en el bolsillo.

—Hazle pasar, anda.

Se comprobó a sí misma, se puso las gafas y abrió la puerta.

—Ya era... Ey, ¿tú eres la nueva secretaria? —dijo el recién llegado revisándola con la mirada—.

Pues no eres precisamente la bruja del norte.

—¿Qué?

Puso los ojos en blanco e hizo las presentaciones antes de que su socio metiese la pata por completo.

—Danielle Narrow, Brian Reynolds. Suele dejarse caer los martes por aquí —los presentó—.

Brian, ya tendrás tiempo para conocerla, ahora necesito que termine unas cuantas cosas —se giró hacia ella y le recordó—. A las seis en punto, veamos qué tal se te da asistirme en los conciertos.

Debería haberle dicho que se marchase a casa después del trabajo, pero eso solo le provocaría más dolores de cabeza.

—Sí, señor Davis.

Contuvo un suspiro y esperó a que

saliese por la puerta para atender al recién llegado.

—¿Y bien?

—Está buena.

—No empieces.

Su amigo sonrió de soslayo.

—No, ya lo has hecho tú por mí.

No pensaba contestar a eso, ni hablar.

CAPÍTULO 12

Dani había asistido en el pasado a conciertos, se había sentado en el palco o en primera fila con sus acompañantes, pero hasta que le tocó ejercer de asistente personal de Garret Davis nunca se había encontrado entre bambalinas.

Este sería su tercer concierto, era increíble lo rápido que pasaba el

tiempo, una semana había seguido a otra y a otra más y cuando vino a darse cuenta ya llevaba un mes trabajando para esos hombres.

Suspiró, sus jefes eran muy distintos entre sí, sus personalidades eran únicas como también lo era su manera de tratarles. Garret era la única excepción a la regla. La dualidad que existía entre las dos personalidades de ese hombre se acentuaban más que nunca en aquellos momentos, la seriedad y profesionalidad que exhibía en la oficina se convertía en sensualidad y una delicadeza atronadora cuando empuñaba el violín y le arrancaba esas deliciosas e intensas melodías. Su rostro cambiaba, sufría y disfrutaba con cada melodía, como si

vertiese en esas representaciones todo lo que era en realidad, esa parte que no le pertenecía ni a él ni a Trey.

Trey era el otro punto de la ecuación, apenas bajaba del escenario, solo tenía que mirarle a los ojos y verle soltar el violín para que todo su cuerpo se encendiese y terminasen follando en cualquier tórrido rincón. Él es el que disfrutaba de la fiesta, de pasearse de un lado a otro con ella del brazo y, sobre todo, disfrutaba follando como un loco.

La relación que mantenían, si podía llamarse así, no era sana. Lo sabía, pero era incapaz de apartarse, él era como una nueva droga, una que no tenía más efectos secundarios que la saciedad y el aroma del sexo. Sin embargo, era no

podía evitar seguir sintiéndose culpable y avergonzada, especialmente cuando salía de esa nube de placer y los ojos que la miraban no eran los de su tórrido amante, sino los de su jefe. El dolor y la culpabilidad que había en ellos le habían calado el alma, la había empujado hacia esos brazos con la necesidad de borrar esas emociones que veía en sus ojos, pero él la alejaba, la apartaba como si le quemase, como si le diese asco su presencia.

Para Garret solo era su secretaria, la veía una vez a la semana en la empresa o más, si le tocaba trabajar en fin de semana o sustituir a alguno de los chicos. También ejercía de asistente cuando tenía algún concierto, como

ocurría hoy.

La gira no empezaría hasta primavera, le había dicho, entonces sí tendría que dejar la compañía en manos de sus compañeros pues pasaría el mes fuera, viajando de un lado para otro y ella debería acompañarle.

¿Un mes a solas con ese hombre y con su alter ego? No estaba segura de sí podría conservar la cordura ante algo así.

«Estás volviendo a perderte a ti misma, Dani».

Lo sabía, lo veía y, si no le ponía pronto remedio, todo lo que había luchado hasta ahora no le serviría de nada.

—¿Danielle?

Su nombre, unido a una pequeña sacudida la devolvió a la realidad y al lugar en el que estaba. Los ojos azules de su jefe la miraban con expresión entre curiosa y preocupada.

—¿Va todo bien?

Se lamió los labios y asintió.

—Lo siento, ¿qué me decías?

Frunció el ceño, la cogió del brazo y sin mediar palabra con la gente que los rodeaba, la condujo a un lado.

—¿Qué te ocurre?

Negó con la cabeza ante su tono frío.

—Nada —negó—. Solo... me he perdido en mis pensamientos.

Esos bonitos e insondables ojos siguieron clavados en ella. Ese era

Garret, el violinista, el hombre educado, el preocupado, el que sufría y se negaba a aceptar consuelo alguno.

—¿Cómo lo soportas?

La pregunta salió de sus labios sin más, cogiéndolos a ambos por sorpresa.

—¿Qué?

Se lamió los labios.

—¿Cómo puedes vivir de esta manera?

La manera en que tensó la mandíbula fue suficiente respuesta. Dio un paso atrás, apartó la mirada y negó.

—Lo siento, no es asunto mío —
reuló. Estaba dispuesta a volver al camerino y esperar allí a que terminase el concierto. No estaba segura de poder enfrentarse hoy a ese lado melancólico.

Él la detuvo cogiéndola del brazo.

—Sí lo es —le dijo cogiéndola por sorpresa—. Porque lo es, ¿no es así? Desde el momento en que te obligué a formar parte de esta locura lo es.

Buscó su mirada y negó de nuevo.

—Tú no me obligaste a nada.

—No, lo hizo Trey.

No podía refutar eso.

—Y creo que es la única cosa por la que podré estarle agradecido —aceptó sin dejar de mirarla a los ojos—, y también por la que lo odio aún más.

Se sostuvieron un momento la mirada y ella fue la primera que la desvió.

—Llega un momento en la vida en la que tienes que hacer las paces contigo

mismo o volverte loco —continuó entonces él—. Yo he estado sumido en la locura durante demasiado tiempo, lamentándome por lo que escapaba a mi control, doliéndome por aquello que no podía evitar y culpabilizándome, sintiendo vergüenza por no recordar aquello que supuestamente había hecho porque no era mi mente la que estaba al mando, era la suya.

Volvió a levantar la mirada y se encontró con sus ojos.

—¿Volverme loco o rendirme? —
Extendió los brazos—. He optado por la rendición, aunque en ocasiones sigo pensando si no habría sido mejor terminar con todo hace mucho tiempo.

Sus palabras la golpearon con la

misma crueldad que lo hacía la realidad, una por la que ella misma había pasado.

—Garret...

—Señor Davis, el telón se levantará en treinta segundos.

Miró al maestro de ceremonias y asintió. Cogió el violín y el arco y le dio la espalda dispuesto a sumergirse en ese mundo en el que solo estaba él y nadie más.

—No eres el único que está en sus manos —comentó voluntariamente, atrayendo su atención en el último momento—, pero al contrario que tú, yo no puedo huir.

No le respondió, se limitó a seguir adelante sin mirarla, sumido ya en su propio mundo.

En cierto modo le daba pena. Se veía a ella misma al principio de su andadura en él, incapaz de lidiar con sus problemas, de aceptar que la adicción que tenía podía ser hecha a un lado y dejar atrás la culpabilidad y la vergüenza que traían consigo sus actos. Pero para él tenía que ser incluso más difícil, mientras que ella había tenido la ilusión de controlar su propio cuerpo o sus decisiones, él las perdía en favor de Trey y se quedaba tan solo con un vacío insondable que solo hablaba de tiempo perdido.

Respiró profundamente, de pie en una esquina del escenario, lejos de las luces y los silbidos que se iniciaron cuando la megafonía anunció el inicio

del espectáculo lo miró. Él permanecía sereno, comprobando por última vez el auricular y sosteniendo en cada mano una parte del instrumento. En cuanto se levantase el telón, daría rienda suelta a su tormento y felicidad a través de las cuerdas del violín.

Él era la víctima comprendió en ese mismo instante. De los dos, no había más víctima que él y lo sabía.

No se engañaría a sí misma concediéndose un indulto que no le correspondía, colgándose una medalla al sacrificio cuando había dado un paso adelante en esa malsana relación porque así lo había decidido. No era un alma cándida en busca de redención, solo era alguien hambriento de contacto, de

deseo y sexo, una pobre diabla que se levantaba cada día rogando tener la fuerza para vivir un día más y hacerlo con toda la dignidad de la que la habían despojado.

No, Trey no la utilizaba más allá de lo que ella le utilizaba a él, si hubiese querido dejarlo, habría hecho hasta lo imposible por marcharse. No lo había hecho, no solo porque le necesitaba, sino porque hacerlo sería dejar que venciese y se apoderase de la única persona inocente en esa tóxica y extraña relación.

El telón se levantó y el hombre para el que llevaba ya un mes trabajando salió a escena. Podía conocer su cuerpo, su olor, su sabor, pero no sabía nada de

la persona que habitaba en su alma ni de los motivos que lo impulsaban a levantarse cada día.

No dejaba de ser curioso que, de los cinco hombres para los que trabajaba, él fuese el más cercano y al mismo tiempo el más alejado. Poco a poco iba comprendiendo los entresijos de la compañía, aunque había demasiados secretos susurrados a su alrededor que no había podido descifrar. Ese grupo de hombres parecían más una hermandad que simples socios, pero el misterio que quiera que encerrasen sus vidas tendría que ser pospuesto, ahora, tenía suficiente con su violinista.

Con más de hora y media de concierto por delante, optó por ocupar

su asiento reservado y disfrutar de la actuación. Le encantaba escucharle tocar el violín, de alguna manera, con el instrumento en las manos y una exquisita ejecución, parecía decir mucho más de lo que lo hacía su boca.

—Descubriré cuál es el secreto que ocultas, Garret Davis —murmuró—, quizá entonces pueda empezar a comprenderte un poco mejor.

CAPÍTULO 13

—Buen concierto.

Dani lo recibió como siempre en el camerino. Solía adelantarse antes de que terminase de tocar y le esperaba con una botella de agua fría. Garret nunca bebía alcohol después de tocar, pero el

esfuerzo y el sudor, lo obligaban a hidratarse.

Siguiendo la dinámica de siempre, guardó su violín en la funda y se tomó unos instantes para asegurarse de que su instrumento estaba bien cuidado.

—He pensado que quizá te apeteciese cambiar de aires y salir a cenar —le dijo—. Hay un muy buen restaurante que...

—Me marchó a casa.

Su inesperada respuesta la cogió por sorpresa.

—Coge un taxi y pásame la factura...

Parpadeó atónita.

—¿Qué?

Levantó la mirada y parecía tan

perdido que no sabía qué hacer.

—Vete a casa, Danielle —insistió sin mirarla siquiera—. Mañana tienes que echarle una mano a Brian.

Sí, había aceptado ir el sábado para ayudar al bombero y evitar que hiciese explotar su ordenador o algo peor.

Pero eso no importaba, ya había hecho turnos extra después de los conciertos sin mayor problema. Lo que ahora le preocupaba era ese hombre que estaba ante ella, porque no era su jefe, ni su amante, solo era Garret.

—¿A dónde vas a ir?

La miró de soslayo, como si no pudiese creer que no estuviese haciendo lo que le decía y en cambio sí replicase.

—Hoy no te necesito, ni él tampoco.

Se tensó ante la crudeza de sus palabras.

—No me hables como si fuese una puta.

La miró de arriba abajo.

—No quiero tener que faltarte al respeto.

Apretó los dientes ante su actitud.

—Pues no te portes como un gilipollas —se quejó—. Y no me sentiré insultada.

Resopló.

—Solo vete —ordenó con profunda frialdad—, has cumplido con tu tarea de hoy.

Y una mierda.

—No —lo retó—. Me contrataste para vigilar a Trey y eso es lo que haré.

Entrecerró los ojos.

—¿Estás tan caliente que no soportas la idea de no follar hoy? —le soltó con cortante crueldad—.

Él no va a servirte de mucho cuando acabe con él.

En ese caso, siempre puedes servirme tú, ¿no?

Escupió.

—Hoy estás siendo mucho más capullo que de costumbre y eso, me cabrea —aseguró apretando los puños—. Así que, vamos, por qué no haces lo de siempre, escondes la cabeza y dejas que él tome el mando.

La vio apretar la mandíbula, pero no contestó.

—Sí, cabréate, porque es para cabrearse —se llevó las manos a las caderas—. ¿No crees que ya está bien de huir? ¿Qué ganas dejándole a él el trabajo sucio si luego te sientes como la mierda?

La fulminó con la mirada.

—No estoy huyendo.

Entrecerró los ojos y se adelantó.

—Demuéstramelo —lo increpó—.

Enfrentate a él, enfrenta todo lo que te duele de él.

Se giró de modo que quedaron cara a cara, caminó hacia ella, invadiendo su espacio personal, amedrentándola con su tamaño.

—¿Qué demonios es lo que quieres? ¿Follar? —la acusó—. ¿No te has

tomado tu medicación que estás necesitada de un buen polvo?

Dio un paso atrás. El golpe fue directo, pero no se permitió retroceder, ni dejar que viese como la había golpeado.

—No sé si me das asco o pena, Garret —replicó en cambio—. O un poco de ambas. Al menos Trey no se anda con rodeos, no miente, va directo a lo que quiere y lo coge. Puede que sea un hijo de puta, ¡pero es un hijo de puta que sabe que quiere algo y no teme cogerlo!

—¿Qué diablos quieres? —la aferró del brazo. Estaba temblando, podía ver la duda en sus ojos, el temor—. Deja de jugar, no tienes idea de lo que tú... de lo

que él...

Ladeó la cabeza.

—Tú y él —lo corrigió acusadora—. Te empeñas en diferenciaros, pero, Garret, ambos sois el mismo. Este es el cuerpo que goza, el que se excita, el que se retuerce de placer. Solo tienes que verlo, que sentirlo y ese abismo se cerrará lo suficiente para dejar de odiarte a ti mismo por algo que no puedes controlar.

La soltó de golpe, haciéndola trastabillar y caer sentada en uno de los taburetes.

—No te necesito —siseó señalándola con el dedo—. No os necesito a ninguno.

—Si es así, ¿por qué te mueres de

celos cada vez que él me tiene? —lo acusó hiriente, estaba dispuesta a herirlo tanto como lo había herido él con sus palabras—. He visto cómo te duele, cómo te avergüenza... pero todavía no te he visto hacer algo para evitarlo o solucionarlo.

Sus palabras obtuvieron el resultado esperado.

—Eres una perra con las palabras.
Se llevó las manos a las caderas.

—Y con muchas otras cosas —
aseguró levantándose del taburete—,
pero no hago daño a propósito a menos
que tenga una buena razón para hacerlo.

—¿Y la tienes?

Lo miró y se lamió los labios.

—¿Te parece poco tener que

aguantar al gemelo malo?

Sacudió la cabeza y la miró, vencido.

—¿Qué quieres, Danielle?

Se acercó lentamente, dejándole su espacio personal.

—Ahora mismo, lo mismo que tú — declaró mirándole a los ojos—. ¿Tengo que darte más explicaciones o lo pillas al vuelo?

Enarcó una ceja y resopló.

—Prometí no acostarme con la nueva secretaria.

Alzó la barbilla y, ahora sí, se pegó a él.

—Bien, porque no vas a acostarte con ella sino conmigo.

Un beso y su control se esfumó.

La deseaba, la deseaba tanto que dolía. Tenerla cerca era tan duro como el dejar de respirar, pero codiciarla no era la respuesta. Se moría cada vez que la veía lozana y saciada por alguien que no era él, pero que usaba su cuerpo; eso hacía que se revolviese por dentro. Odiaba a Trey, pero sobre todo odiaba que esa otra personalidad tuviese lo que él deseaba.

Se dejó llevar, no quiso pensar en nada que no fuese la mujer que estaba ante él y el deseo que le inspiraba. Cerró la puerta del camerino por dentro y se dedicó a lo que realmente deseaba; arrancarle la ropa.

La despojó de la parte superior del

vestido, del sujetador y rodeó sus caderas con las manos para deshacerse de la falda y las breves braguitas que llevaba. Se las bajó en un suave y largo movimiento, acuclillándose ante ella para sacárselas por los pies.

Desnuda, con la piel clara salpicada de alguna que otra cicatriz aquí y allá, era una visión perfecta.

Su aroma lo embriagaba y lo dejaba absorto en esa bonita figura que permanecía de pie y quieta ante él.

Se le hizo la boca agua mientras reseguía uno de los tobillos con los dedos, una mirada a esos ojos, una caricia ascendente por una de sus piernas y ella las separó para él. Se arrodilló ante ella, sus manos

continuaron ascendiendo mientras sus labios seguían la estela marcada. La besó en la rodilla, el muslo y respiró a unos centímetros de la uve de sus muslos, aspirando el especiado aroma que la envolvía. Su pubis estaba cubierto por un pequeño y pulcramente recortado nido de rizos castaños que atrajeron inmediatamente su atención.

Cedió a la tentación de aspirar su perfume, sus pliegues asomaban suaves y húmedos, ligeramente sonrojados y eso fue su perdición.

—Me muero por probarte...

Y lo hizo, deslizó la lengua sobre la mojada hendidura, degustando su crema, sus dedos abrieron los pliegues permitiéndole ir más allá y penetrarla

con la lengua.

—Garret —jadeó su nombre. El suyo y el de nadie más.

Le rodeó las nalgas y la acercó más a él, levantándola, dejándole al alcance de esa pequeña perla que empezaba a asomar y que no dudó en pellizcar con los dientes. Lo chupó suavemente, extrayendo dulces y calientes gemidos de la garganta femenina antes de hundirse de nuevo en su sexo como un hombre hambriento.

—Oh dios.

Sonrió ante el gemido de Dani, su aceptación le confería poder. Siguió amamantándose de ella, empujando la lengua en su interior saboreándola y lamiéndola codiciosamente mientras se

retorcía bajo su boca.

Siguió disfrutando del banquete unos momentos más, entonces cedió a la necesidad de sentirla alrededor de sus dedos y la penetró. Estaba tan mojada, tan caliente que no le resultó difícil invadirla con un par de dedos al momento. Notó como se ponía de puntillas, como intentaba escapar de él solo para buscarle cuando resbalaba hacia fuera. Siguió degustándola, no tenía suficiente de su sabor, de su aroma y esos pequeños gemidos que hacía lo estaban volviendo loco.

—Eres deliciosa —susurró contra su carne—, tan dulce y apretada.

Su respuesta fue echar la cabeza hacia atrás y enterrar las manos en su

pelo en un intento por

llamar su atención, por arrastrarle de nuevo hacia ella, una petición que le concedió pues deseaba probar de nuevo esos labios.

La besó con ardor, necesitándola, deseando como una rabia que no conocía, una nacida de los celos y la imposibilidad de dominarlos. Le devoró la boca, la asedió y la condujo contra la pared, aprisionándola y demostrándole que aquí y ahora solo existía él.

Ella gimió en respuesta, arqueó las caderas hacia él, le rodeó el cuello con los brazos y se aupó, rodeándole la cintura con las piernas dejando que la erección que empujaba contra sus pantalones anidase íntimamente entre sus

muslos. Sus manos ascendieron hasta su pelo, se lo soltó de la coleta en la que solía recogerlo para los conciertos y le devolvió el beso con un frenesí que no hacía más que acicatear su deseo.

—Te quiero dentro —le susurró ella al oído—, te quiero ahora, Garret. Por favor.

Escuchar su nombre de esos suaves y lujuriosos labios lo calmó en cierto modo y lo acicateó en muchos otros. Ella lo veía, más allá de su cuerpo o físico, lo veía como a él mismo y no a su otro yo.

La volvió, sosteniéndola en vilo para finalmente dejarla sobre la superficie de la estrecha mesa, de espaldas al espejo. Se encontró con su

mirada, sus ojos lo miraban atentamente, se mordió incluso el labio inferior en un obvio momento de vergonzosa incomodidad; ella estaba completamente desnuda mientras él conservaba la ropa.

—No voy a negar lo que deseo, cuando sé que tú también lo deseas — comentó ella y, como si quisiera dejar claro su comentario, deslizó la mano entre ellos y le acarició la polla por encima de la tensa tela del pantalón.

Le cogió la mano y la devolvió a la mesa, la aferró con la suya y se inclinó sobre ella.

—No tienes la menor idea de lo que deseo, Danielle —le dijo sin apartar la mirada de la de ella

—, porque esto —empujó de nuevo

los dedos en su húmedo y caliente profundidad—, no es más que el principio.

Le rozó el clítoris con el pulgar, dibujó pequeños círculos y sonrió para sí al escucharla contener el aliento y revolverse contra su mano.

—Sí, esto es solo el principio — declaró observando su placer, la manera tan desinhibida con la que se conducía —, y por dios que quiero más.

Extrajo los dedos de su interior y se los llevó a la boca bajo su atenta mirada, lamió su dulce y especiada humedad mientras ella prácticamente jadeaba en busca de aire. Bajó la mirada entonces sobre su cuerpo, deleitándose en toda esa piel desnuda, resiguiendo las

líneas blancas de algunas cicatrices, pero sin indagar en el motivo de las mismas. Dios sabía que él tenía secretos y no iba a indagar en los suyos.

Se relamió ante la visión de esos duros y maduros pezones y sucumbió a su propia hambre. Jugó con las cúspides, las lamió, succionó y se amamantó de sus senos con una glotonería que aumentaba la intensidad de los gemidos femeninos, le gustaba escucharla gemir, le encantaba sentir como se retorció debajo de él, como le envolvía con las piernas acercándola más a ella y a ese húmedo y caliente centro en el que estaba deseando sumergirse.

—¿Puedo?

La suave pregunta llegó acompañada de las manos femeninas resbalando por su pecho, hundiéndose bajo la tela de la camisa, rozando los botones con un obvio interés de deshacerse de ellos.

—Solo si no te cargas los botones.

Su sonrisa fue genuina y más bonita de lo que la encontró nunca, se inclinó hacia él y le susurró en los labios:

—Lo intentaré.

Uno a uno los botones cedieron bajo su toque, la camisa se abrió dejando a la vista su piel y fino vello que salpicaba sus pectorales y descendía desde su ombligo para ocultarse bajo la línea del pantalón. Su erección se vio también libre al retirar la tela que la comprimía, el pantalón bajó por sus caderas y se

quedó atascado en sus rodillas solo para ser descartado junto con los zapatos.

La manera en que ella lo miraba era excitante y al mismo tiempo extraña, era como si estuviese viéndole por primera vez, viéndole a él y no al hombre que cuyo cuerpo había disfrutado ya del suyo.

Su pene reaccionó a su mirada, creció y se endureció curvándose contra su estómago. La manera en que la miraba y cómo se lamía los labios trajo a su mente un sinfín de agradables probabilidades.

—Me gusta la manera en la que me miras, pero creo que me gustará mucho más sentirme profundamente enterrado en tu interior.

Sus ojos se abrieron ligeramente, el deseo refulgió en ellos.

—Oh sí.

Selló su boca con un beso, sus lenguas se entrelazaron y la degustó una vez más mientras se abría paso de nuevo entre sus muslos y conducía la abultada y redondeada punta de su erección a la húmeda abertura. Dani le salió al paso, elevó las caderas y se enroscó a su alrededor dejando escapar un abierto jadeo a medida que la penetraba, sintió sus uñas sobre los hombros, pero no le importó, quería estar en su interior.

Su ajuste era perfecto, una suave y caliente vaina que lo acogía y succionaba luchando por mantenerle dentro. Se echó hacia atrás, salió hasta

que solo quedaron unidos por la punta de su polla y volvió a penetrarla con fuerza, haciéndola jadear, empujándola contra la estrecha superficie y obligándola a ceder el control. Giró ligeramente la cadera y tiró de ella, moviéndola en un ángulo más interesante y que trajo consigo un par de divertidos y coloridos jadeos que imaginaba pretendían ser exclamaciones de placer.

Ella echó la cabeza atrás y gimió abiertamente, sin importarle que la escuchasen o no, sus caderas acompañaron su ritmo, uniéndose a cada embestida, disfrutando con el sexo y pidiendo más.

—Por favor, más... justo así, pero más...

Le gustaba el ronco tono de su voz cuando estaba excitada, le confería una sensualidad que lo ponía aún más, era realmente erótico y funcionaba perfectamente con él.

—¿Así? —rotó las caderas y empujó muy lentamente, mordisqueándole la base del cuello al hacerlo.

—Joder...

—Tomaré eso como un sí —se rio entre dientes y bajó sobre sus pechos. No podía evitarlo, estaba enamorado de esas duras cúspides rosas.

Notó como contenía la respiración cuando mordió un oscuro y rosado pezón, succionándolo, haciendo círculos alrededor de la tierna carne con la lengua. Empezaba a comprender el

significado de cada pequeño grito o cada jadeo a medida que iba degustando su cuerpo y los utilizaba en su beneficio. Siguió alternando sus caricias en los pechos con las embestidas, disfrutando de la manera en que lo aferraba y se contorsionaba bajo él.

—Más, por favor...

Se arqueó sobre ella, bombeando en su interior, fijándola contra el mueble y moviéndose a placer. Quería enterrarse en su interior, sentir como sus testículos golpeaban contra su sexo cada vez que empujaba, follarla durante horas y horas, pero su propio orgasmo empezó a construirse.

Imprimió mayor rapidez y fuerza a sus empujes, le alzó las caderas y la

montó a placer acicateado por los propios gritos ahora contenidos por la mano femenina. Sintió su sexo oprimiéndole y su

cuerpo convulsionó en una agitada liberación que catapultó la suya propia. Se corrió con un gruñido y con el orgasmo llegó una liberación que no pensó que encontraría, de alguna forma se estaba liberando de mucho más que el estrés sexual del último mes.

—Eres una pequeña bruja —jadeó saliendo de su interior, sus ojos encontrándose con los suyos.

Sus ojos claros se encontraron con los suyos, había calidez y erotismo, además de una tranquilidad contagiosa.

—Y, ¿eso es bueno? —preguntó

ladeando la cabeza.

Asintió.

—Sí —aseguró y se tomó la libertad de besarla una vez más—. Lo es.

Correspondió a su beso encendiendo de nuevo su deseo y sus ganas de repetir, pero antes de que pudiese dar una pista sobre ello, lo detuvo. Se lamió los labios y le dedicó una caída de ojos destinada a ganárselo.

—En ese caso, ¿crees que podríamos continuar en un sitio más cómodo? —sugirió coqueta—.

Creo que me he clavado en el culo la funda de tu violín.

Se echó a reír, el puchero que vio en su cara fue lo más divertido que había visto en mucho tiempo.

—Definitivamente, podemos seguir en otro lugar —aceptó sin dejar de mirarla—, y me inclino por una cama.

—Me gusta cómo piensas.

CAPÍTULO 14

Ese bonito y dulce culo acunaba su pene de una manera que lo hacía pensar en distintas formas de enterrarse entre sus mejillas. Habían optado por volver a su piso el edificio de la compañía, un lugar en el que él se sentía seguro y que ella ya conocía. Ninguno habló de Trey, ni de sus pasadas experiencias entre esas cuatro paredes, se limitaron a seguir con lo que habían empezado entre bambalinas.

Se desperezó y se giró para poder

deslizar la mano por su costado hasta ahuecar uno de los llenos senos. Le pellizcó el pezón mientras la lamía en el hueco entre el cuello y el hombro provocándole cosquillas. Sus caderas se movieron por sí mismas deslizando su pene entre los suaves glúteos, disfrutando de la fricción y la cálida piel que lo cobijaba, pero no era suficiente. Quería más, la quería a ella y no dudó en hacérselo saber obligándola a terminar de espaldas sobre el colchón.

Se recostó sobre ella, le mordisqueó los labios y deslizó la mano por su cuerpo, jugando con sus pezones, haciéndole cosquillas, rodeando el ombligo hasta terminar finalmente entre sus piernas.

Deslizó los dedos a través de sus húmedos pliegues notando la humedad y los restos de sus previos encuentros. Después del primer polvo le había entrado remordimientos por no utilizar preservativo hasta que Danielle lo tranquilizó recordándole los resultados de los exámenes que había tenido que entregar a la compañía y que, además de estar protegida, no había tenido relaciones sexuales con otro... cuerpo... que no fuese el que la estaba follando esa noche.

Empujó profundamente en su interior, una vez, dos y recibió como recompensa un suave gemido que llegó acompañado de la ondulación de sus caderas.

—¿No podías dormir que has decidido despertarme a mí también? —ronroneó ella, arqueándose bajo sus insistentes caricias.

—Algo así —respondió y se inclinó sobre ella para darse un festín con sus pechos antes de volver a su boca y tirar finalmente de ella hasta incorporarla—. Te quiero de rodillas.

Ella sonrió hechicera, se lamió los labios y se giró meneando el culo en su dirección, regalándole una perfecta visión de ese bonito y excitante cuerpo.

—Una pequeña bruja —murmuró para sí antes de bajar sobre ella, ahuecándole los pechos con las manos, robándole un beso y hundiéndose profundamente en ella desde atrás.

La apretada funda de su sexo envolvió su pene mientras se deslizaba hacia atrás, solo para volver a acogerle cuando empujó con fuerza hacia delante. Abandonó sus senos y empezó a recorrer su cuerpo con las manos, dibujándolo, bajando por su espalda hasta aferrarle las caderas y empezar un movimiento de vaivén que lo llevaba a las profundidades de ese dulce y goteante coñito.

Ella gemía, jadeaba, lloriqueaba, pronunciaba su nombre y no dudaba en pedirle más cada vez que lo necesitaba. No había pudor, no había convencionalismos, era deseo puro, necesidad ardiente y él estaba más que dispuesto a darle lo que necesitaba.

Ambos sabían que estaban jugando con fuego, pero al mismo tiempo eran conscientes de que esto no era más que sexo, una necesidad y la forma de apaciguarla. Garret no necesitaba más por ahora y ella tampoco lo exigía, ambos tenían un pasado complicado, con sus propios secretos y eso los hacía los candidatos perfectos para utilizarse el uno al otro sin establecer otros vínculos.

Salió y volvió a penetrarla de golpe, fuerte, duro, buscando su propio placer, convenciéndose a sí mismo que todo lo que necesitaba de esa mujer era ese coño caliente y húmedo dispuesto a ser follado. Ese dulce cuerpo a su disposición y esos ojos, esos ojos haciendo que se sintiese por primera vez

en mucho tiempo él mismo.

—Estás tan caliente y mojada —la elogió disfrutando de esa maravilla. Se agachó sobre ella, penetrándola con más fuerza, notando como el sudor le perlaba la frente, bajó la mirada sobre sus cuerpos y se relamió ante la visión de su pene, húmedo y brillante enterrándose allí—. Grita para mí, Danielle.

Quería oírla gemir, gritar en voz alta su nombre, suplicar que le diese más, que la follase con más fuerza. Deseaba verla rendirse una vez más, lloriquear su placer mientras se corría alcanzando su liberación.

—Más... —jadeó ella—, por favor, Garret, más.

Era caliente, una zorrita caliente y

adorable, tanto que tenía que recordarse a sí mismo que aquello no era más que sexo.

La empujó sobre la cama, sus hombros casi apoyados en el colchón y la mantuvo así mientras la follaba con fuerza un par de veces, para luego tirar de sus brazos hacia atrás y, sujetándola por las caderas, penetrarla así.

—Garret —jadeó su nombre con cada nuevo empujón—, por favor... ay señor... por favor...

Clavó los dedos en la blanda carne y continuó martilleando con fuerza decidido a darle lo que necesitaba y deseaba y buscar al mismo tiempo su placer. Se corrió al mismo tiempo que esa pequeña fierecilla gritaba y se

convulsionaba entre sus brazos. Empujó con más fuerza en su interior dejando que ella lo ordeñase y la inundase con su semen hasta dejarle seco, solo entonces se permitió derrumbarse a su alrededor sosteniéndola mientras temblaba y él mismo trataba de respirar.

—¿Si... sigues vivo?—Escuchó su voz ronca por los gritos.

Le hociqueó el pelo con la nariz.

—A duras penas —aceptó y se dejó caer de lado en el colchón, llevándosela consigo.

Guardaron silencio durante unos instantes, en la habitación solo se escuchaba el sonido de sus respectivas respiraciones mientras intentaban recuperar el aliento.

—¿Cómo lo haces, Danielle?

Ella levantó la cabeza al escuchar su nombre y se giró para mirarle.

—¿El qué?

Deslizó la mano sobre su sudorosa piel, le acarició el costado y evitó las blanquecinas cicatrices que salpicaban su piel.

—¿Cómo puedes seguir adelante?
¿Cómo haces para que... esto... no te afecte?

Se giró lo suficiente para estar cara a cara.

—¿A qué te refieres?

Tomó una profunda respiración y dejó que saliese a la luz la verdad.

—Tus informes no estaban completos y...

Dejó escapar un resoplido y se recostó, poniéndose ahora de espaldas.

—Me investigaste.

No iba a disculparse por ello. Había sido muy claro al redactar las normas que debían cumplirse para acceder al puesto de secretaria del Crossroad.

—Es la política de la compañía.

Se mantuvo callada durante unos instantes y pensó que en cualquier momento se levantaría y lo dejaría allí tirado.

—¿Qué sabes exactamente?

—No he indagado en tu pasado si es eso lo que quieres saber —le aseguró—. Tengo mis propios demonios, míos y de nadie más. Sé lo que es querer mantener tu pasado en secreto... Pero necesitaba

saber qué clase de problema... er...
adicción...

—Hipersexualidad —respondió con frialdad—. Como ves, no eres el único que tiene... fantasmas con los que tratar cada día.

—No te estoy juzgando...

—Y ese es el único motivo por el que estoy todavía aquí y en esta cama —repuso con un bajo resoplido, entonces se giró hacia él—. Pensé que tú me entenderías... que entenderías lo que es...

esto... en la forma en la que se entiende algo contra lo que no puedes luchar...

Se giró hacia ella, encontrándose con sus ojos.

—Por eso te lo pregunto, ¿cómo haces para no... desmoronarte?

Se lamió los labios y le sostuvo la mirada.

—Intento recordarme cada mañana y cada noche que yo soy mi propia dueña y que mis decisiones, a pesar de todo, son siempre mías —expuso sin dejar de mirarle—. No soy una blanca paloma, Garret. He pasado por mucho y sigo vinculada a esa época por... esto. Sé que no puedo curarme por completo, pero no permitiré que eso me cueste la vida que deseo vivir.

Y esa decisión estaba presente en su voz y en su mirada. Sacudió la cabeza y se dejó caer de nuevo en el colchón, doblando el brazo para meterlo detrás

de la cabeza. Antes de poder evitarlo, las palabras empezaron a brotar de sus labios.

—Hubo un tiempo en el que pensé que podía encargarme de él, pero entonces... ocurrió algo y...

perdí el control por completo. Ya no soy dueño de mí mismo, no la mayor parte del tiempo.

Ella se giró de lado y se apoyó en su pecho, incorporándose lo suficiente para que la mirase.

—¿Quieres hablar de ello?

—Todavía no —negó y sonrió de medio lado—. Pero si algún día consigo soltar ese... lastre...

me gustaría que fueses tú quién lo escuchase.

Se acomodó sobre su pecho y lo miró con coquetería.

—Soy tu secretaria, jefe —le guiñó el ojo—, estoy a tus órdenes.

Sonrió, no podía evitarlo. Esa pequeña bruja parecía ser la única que podía arrancarle últimamente una sonrisa.

—Eres todo un fichaje.

—A ver si los demás opinan igual —hizo una mueca al recordar a sus otros jefes—. Espera,

¿ellos también saben?

El color de su rostro empezó a evaporarse.

—No pienses en ello.

Escondió el rostro en su pecho.

—Mierda.

Le acarició el pelo y le tiró de la trenza en la que lo llevaba atado.

—¿Qué te acabo de decir?

Resopló y lo miró.

—Tengo que verlos todos los días, ¿sabes?

Enarcó una ceja.

—¿Y?

—Que la ignorancia es una bendición.

Chasqueó la lengua.

—Todo lo que tienes que hacer es seguir trabajando como hasta ahora y no tendrán nada que decir.

Resopló y puso los ojos en blanco y finalmente se inclinó sobre él para mirar el reloj que tenía sobre la mesilla.

—Debería volver a casa, mañana

tengo que trabajar.

—Puedes coger un ascensor.

Ladeó la cabeza ante su sugerencia.

No quería que se marchase, estaba demasiado cómodo y tampoco había terminado con ella.

—¿Necesitas más?

Se mordió el labio inferior y se relamió.

—Puedo quedarme si necesitas hablar.

La miró fijamente, entonces se inclinó sobre ella.

—¿Y si lo que quiero es volver a follarte?

Sonrió con aire inocente.

—Entonces me oirás gritar de placer.

Puede que no fuese la mejor de las relaciones, pero hoy por hoy la quería a su lado. Como bien había dicho, se entendían, de una manera única y retorcida, quizá cada uno fuese la única oportunidad que tenía el otro para superar ese bache o al menos intentar capearlo.

Sí, por ahora, eso era suficiente para Garret.

CAPÍTULO 15

Las puertas del ascensor se abrieron y salió no sin antes echar un último vistazo al hombre que continuaba en su interior.

—Recuerda que el próximo viernes tienes que asistir a una gala benéfica, te comprometiste a prestar tu imagen.

Puso los ojos en blanco y abrazó la funda del violín que llevaba consigo.

—Odio esos eventos —resopló, entonces se inclinó hacia delante, parando la puerta, evitando que se cerrase el ascensor—. Al menos ahora tengo compañía. Dejaré que hables en mi nombre, señorita asistente.

—Sigue soñando, jefe —chasqueó—. Me encargaré que te envíen el esmoquin y confirmaré tu asistencia.

—Nuestra asistencia —los señaló a ambos, entonces cogió la solapa de la chaqueta y la acercó a él—. Si no vienes, me olvidaré a propósito de ese evento.

—Eso es chantaje.

—Soy tu jefe, eres mi secretaria y

asistente, así que es parte de tu trabajo —le aseguró muy seguro de sí mismo—. Que tenga usted un buen día, señorita Narrow.

—Lo mismo le digo, señor Davids.

Dio un paso atrás evitando el beso y se rio.

—Bruja —le dijo, pero sonreía. Dio un paso atrás y dejó que las puertas se cerrasen.

Una semana, llevaba una semana durmiendo con ese hombre, con su jefe y de vez en cuando lidiaba con Trey. De alguna manera, algo había cambiado en ambos desde la noche del concierto, en el caso de Garret parecía más sosegado, si bien seguía manteniendo sus propios secretos, compartía con ella pequeños

comentarios que le daban pistas sobre quién era en realidad. En el caso de Trey, él se limitaba a hacer lo que más les gustaba a ambos; follar. Sin embargo, no hablaba de su alter ego, era casi como si no quisiera que Garret se interpusiese entre ellos.

Danielle tenía una extraña sintonía con ambos, era como si cada uno por su lado solo fuesen una parte de lo que formaban juntos. Había visto en primera persona lo que suponía esa dualidad y no era sorprendente que Garret hubiese estado perdido y se enfadase consigo mismo por dejar que esa otra personalidad se hiciese con el control.

Sacudió la cabeza, se arregló la chaqueta y giró sobre sus tacones para

encontrarse de frente con otro de sus jefes; Nolan Every.

—¿Ese era Garret?

Siguió su mirada hacia las puertas del ascensor, entonces se volvió hacia él y asintió.

—Sí —le confirmó—. Tiene una cita para cambiar las cuerdas del violín y va a dar clases de violín en el conservatorio.

—¿Clases en el conservatorio? —entrecerró los ojos—. Así que ha decidido volver...

—¿Disculpe?

Negó con la cabeza.

—Llegas más temprano que de costumbre.

—Tengo tarea pendiente —se

encogió de hombros—, necesito terminar con el papeleo.

Su mirada decía claramente que no le creía nada en absoluto. De sus cinco jefes, Nolan era el más serio, no se andaba con rodeos ni sutilezas. Cuando tenía que decir algo lo decía y, cuando no, callaba.

—¿Quieres un café? —sugirió cambiando de tema.

Su petición lo cogió por sorpresa.

—Depende, ¿me quemarás las pelotas con él?

Puso los ojos en blanco, aquello había sido un recibimiento en toda regla para Brian. Alguien debió advertirle que solo iba a trabajar con él como secretaria.

—No —negó y lo miró—. Es un intercambio. Tú no me haces preguntas que no quiero contestar y yo te llevo un café calentito y recién hecho cada mañana que te toque venir a la compañía.

—Danielle, mientras sigas haciendo sonreír a Garret de esa manera, no oirás ni un solo comentario de mi parte al respecto —respondió con su habitual franquza—. Con leche y sacarina, señorita Narrow.

—Sí, señor Every —aceptó sosteniéndole la mirada—. Se lo llevaré a su despacho.

Asintió y juraría que esos labios se curvaban en una sonrisa.

—Ah, Danielle —la detuvo cuando

estaba a punto de ir a cumplir con su encargo—. Localiza a Brian, Mich y Camden y diles que... —se detuvo y pareció pensarse la respuesta—. Solo recuérdales la cita del viernes.

Asintió ante su extraño encargo.

—¿Algo más?

—Nada por el momento, gracias — aceptó y le recordó su invitación—.

¿Viene ese café?

Sonrió de soslayo.

—Marchando, señor Every.

Dio media vuelta y partió para cumplir con la primera tarea de la mañana.

—Un mes y una semana —murmuró en voz alta para sí misma.

Treinta y siete días trabajando para

esos hombres no era un mal recuento para ver que su amiga había tenido razón en su predicción. *Crossroad* le estaba cambiando la vida.

EPÍLOGO

Un mes después...

El sol se ponía en el horizonte, la luz del atardecer creaba sombras sobre el silencioso lugar, acariciaba los cipreses y se colaba entre ellos para tocar la piedra de la estatua del ángel dormido que custodiaba la tumba. Nolan fue el primero en detenerse ante ella, acarició las letras grabadas en el pedestal de la estatua y depositó una rosa blanca.

—No importa el tiempo que pase,

sigues presente en todos nosotros.

Brian se agachó entonces, posó la flor sobre la de su amigo y acarició la piedra con los dedos.

—Hola nena, te debía una visita.

La emoción acariciaba su voz, la seriedad en su tono contrastaba con la distendida preocupación que siempre esgrimía.

Mich posó la mano sobre su hombro, se lo apretó y depositó su propia rosa.

—Te echamos de menos —murmuró el abogado—, pero seguimos en el camino que nos indicaste.

—Te alegrará saber que tu chico empieza a dejar atrás algunos demonios —añadió Camden dejando su propia rosa con las demás.

—Oh sí, dos meses en la compañía y nuestra nueva secretaria no solo no ha salido por patas, sino que nos aguanta y nos pone firmes, especialmente a Garret.

Nolan deslizó los dedos sobre la durmiente figura de piedra.

—Parece que empieza a encontrarse a sí mismo —comentó hablando con ella—. Dani es una buena chica y está consiguiendo que mantenga los pies sobre la tierra la mayor parte del tiempo.

—Aunque le faltan superficies en las que tirársela —canturreó Brian—. Pero dadas las circunstancias, creo que eso está bien.

Sus compañeros lo miraron con distintos gestos en sus rostros.

—¿Qué? —se justificó—. ¿No me iréis a decir que no os habéis dado cuenta?

—Creo que es una información que podrías... guardarte para ti.

Puso los ojos en blanco.

—Ella sabe mejor que nadie sobre la faz de la tierra cómo somos — comentó dejando que su tono de voz cambiase—. Nos conocía mejor que nosotros mismos...

Mich le apretó de nuevo el hombro a modo de apoyo y confirmación.

—¿Creéis que será la adecuada para él?

Nolan dejó escapar un pensativo suspiro.

—Dani guarda sus propios secretos

—aceptó e intercambió una mirada con Mich. Ambos habían visto un vislumbre del pasado de la mujer—, pero ha conseguido mantenerse firme y seguir adelante.

Su fortaleza puede ser lo que necesita Garret para mantenerse en pie y avanzar.

Brian hizo una mueca.

—Me gusta Danielle —aceptó el bombero—, pero con todo, ¿será lo bastante fuerte para lidiar con sus demonios?

—Ha conseguido controlar a Trey y llegar a Garret, creo que es más de lo que nadie, a excepción de ella, consiguió hasta el momento —apostilló Nolan.

—Se parece a ti —comentó Mich, acucillándose ahora delante de la tumba —. Tiene tu mismo espíritu, las mismas ganas de vivir, aunque la pierde la boca.

—¿Ya te ha insultado? —se interesó Nolan con gesto divertido.

—El primer día en que coincidimos en la oficina —asintió. Entonces dejó escapar una carcajada

—. Nunca escuché tantos insultos en una sola frase.

—¿No te ha dicho todavía que, si quieres café, levantes el culo y vayas a buscarlo tú? —preguntó Brian recordando su propio encuentro con la nueva secretaria—. Eso después de tirártelo encima.

Dios, todavía me duele con solo

recordarlo. ¡Estaba caliente!

—He procurado no pedírselo después de la que te montó —aseguró el abogado.

Nolan sacudió la cabeza, pero estaba tan divertido como ellos, se inclinó sobre la figura dormida de piedra y le acarició la mejilla.

—Has hecho una buena elección, cariño —le confirmó recordando aquellas últimas palabras que la mujer les había dedicado a todos—, le has enviado al ángel correcto.

Contempló un instante más la tumba en silencio para finalmente, inclinar la cabeza con respeto y despedirse. Sus compañeros siguieron su ejemplo, diciéndole adiós de distintas maneras

para volver con sus vidas y continuar su propio camino.

Una suave brisa se elevó acariciando las copas de los cipreses, agitándolas con suavidad como si una cálida mano las meciese en respuesta a aquella despedida.

Las letras grabadas en la piedra recibieron el brillo de los últimos rayos del sol del atardecer, un nombre y una única frase que les acompañaría eternamente.

ÁGATA CROSSROAD

«Amada amiga, tierna amante y eterna guía».

Document Outline

- [COPYRIGHT](#)
- [DEDICATORIA](#)
- [ARGUMENTO](#)
- [ÍNDICE](#)
- [PRÓLOGO](#)
- [CAPÍTULO 1](#)
- [CAPÍTULO 2](#)
- [CAPÍTULO 3](#)
- [CAPÍTULO 4](#)
- [CAPÍTULO 5](#)
- [CAPÍTULO 6](#)
- [CAPÍTULO 7](#)
- [CAPÍTULO 8](#)
- [CAPÍTULO 9](#)

- [CAPÍTULO 10](#)
- [CAPÍTULO 11](#)
- [CAPÍTULO 12](#)
- [CAPÍTULO 13](#)
- [CAPÍTULO 14](#)
- [CAPÍTULO 15](#)
- [EPÍLOGO](#)